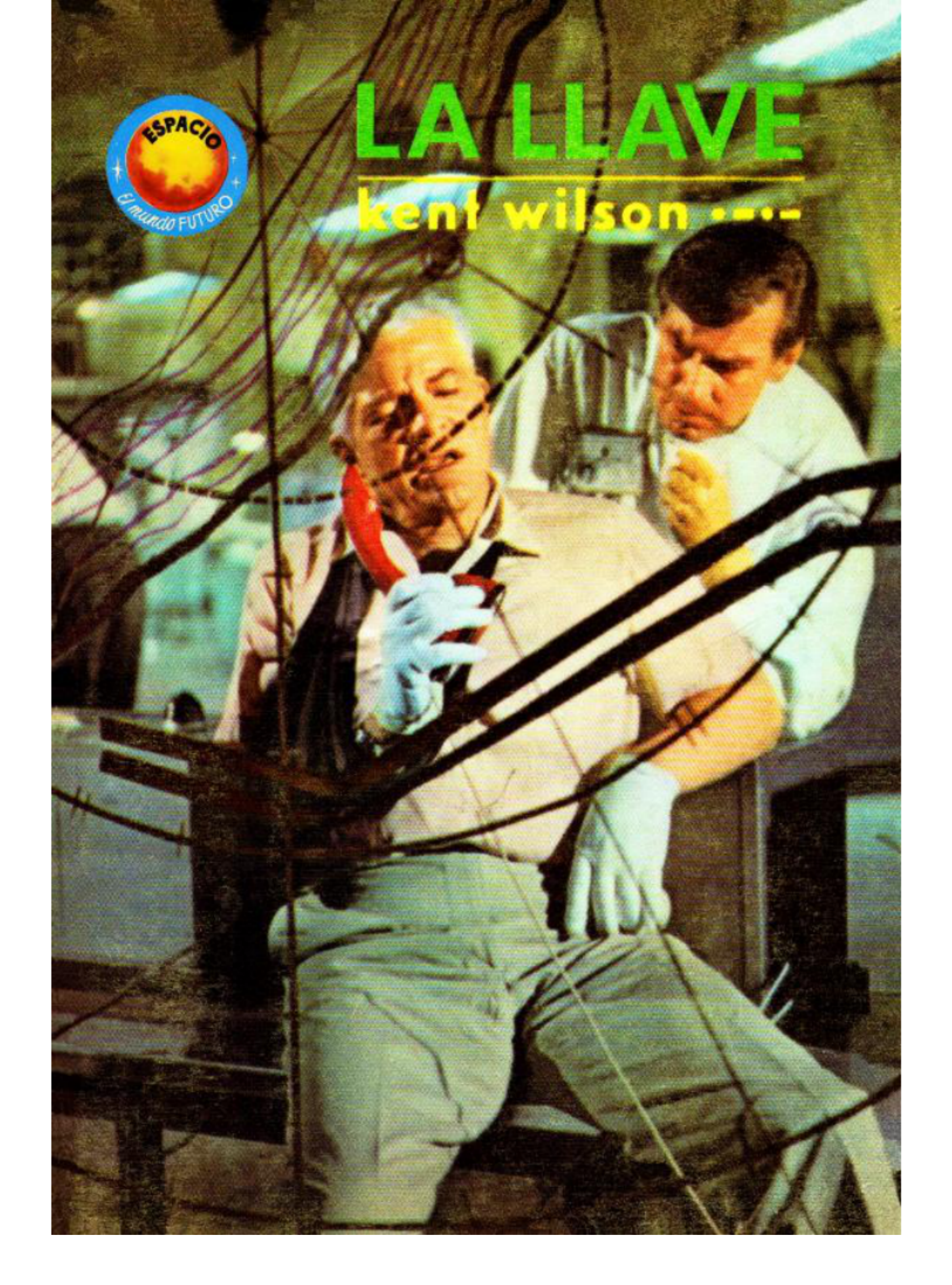

ESPACIO
El mundo FUTURO
LA LLAVE
kent wilson

Kent Wilson

LA LLAVE

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Portada: Escena de la película: «¿HACIA EL FIN DEL MUNDO?»

© de KENT WILSON, 1967

Depósito Legal: B. 28477 — 1967

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 — Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

La profesión que yo ejerzo es desagradable, dura, ingrata. Una profesión casi tan antigua como el hombre mismo y que ha ido evolucionando al compás del hombre, no faltaría más.

En el ejercicio de mi profesión se puede matar a veces —no cada día, porque sería un abuso— a personas que no han cometido el menor delito.

Y se las puede apiolar de una manera impune, achacándolo a la mala suerte, a un descuido, a un fallo del organismo y a un montón de cosas más, sin tener que pasar uno el mal trago de enfrentarse a un fiscal más o menos irascible, pero siempre con ganas de fastidiar al pobre acusado.

En mi profesión no se puede dormir tranquilo, pues a lo mejor está uno soñando con la pelirroja que conoció en Miami Beach o en Niza o en Torremolinos, playas que siguen estando muy en boga a principios del Siglo XXI y, de pronto, ¡riiing!, el timbre del fonovisor te destroza el sueño de golpe.

Por lo dicho se deduce que soy médico. Médico tocoginecólogo, por más señas, aunque a mí, en ocasiones, me gusta decir que soy obstetra, porque parece que viste más.

Lo malo del tocólogo es que está más expuesto que otros médicos a la llamada de medianoche.

Yo no soñaba con nadie aquella noche cuando el timbrazo me hizo pegar un bote en la cama. Aquel condenado timbre necesitaba sordina con más urgencia que una trompeta de jazz.

Me revolví en el lecho, medio adormilado, y tomé el receptor.

Inmediatamente se encendió la pequeña pantalla del fonovisor y en ella apareció el rostro bonachón de Albert Van Heest, trémulo ahora y con expresión de angustia, como si le estuvieran ahogando las palabras y no pudiera pronunciarlas.

Traté de armarme de paciencia. Aquellos condenados millonarios eran capaces de amargarle a uno hasta el más tranquilo de los sueños...

—Dime, Albert, ¿qué pasa?

—¡Denis, Denis! ¡Tienes que venir en seguida! ¡Alice se encuentra mal! ¿Me oyes, Denis?

—Sí, muchacho; te oigo perfectamente. Y te veo. Pero ¿a qué viene

tanto alboroto? Casi todas las mujeres suelen tener achaques cuando se encuentran en estado de buena esperanza. Eso no será más que...

—¡Déjate de monsergas, Denis! —me interrumpió Van Heest con una energía que nunca hubiera supuesto en él—. ¡Alice se encuentra mal, y esta vez no se trata de un antojo! ¿Me has oído? Me consta que es un caso raro.

—Hombre, tanto como raro...

Albert Van Heest hizo un gesto de exasperación.

—¡Maldito seas, Denis! ¡Si no vienes ahora mismo, iré yo ahí y te sacaré a rastras de la cama! ¿Quieres que te lo repita?

Resultaba ridículo pensar que Albert Van Heest, bajo y rechondo, cuyo único esfuerzo físico en plan de trabajo consistía en firmar cheques, pudiera sacarme arrastrando de la cama a mí, con mi metro setenta y ocho de estatura y mis ochenta kilos todo hueso y músculo, pues continuaba practicando una hora de gimnasia diaria después de haber sido campeón universitario de boxeo.

—Está bien, Albert. En seguida voy para allá. El tiempo justo de vestirme —contesté.

El rostro de Albert sufrió un brusco cambio y su suspiro de alivio me llegó claramente.

—Gracias, Denis. Sabía que vendrías. Eres un buen amigo. Yo te aseguro que esta vez no es un capricho de Alice. Esta vez...

—Sí, sí, ya lo dijiste antes —le interrumpí. Y colgué.

El rostro de Albert Van Heest desapareció instantáneamente de la pantalla del fonovisor, y yo me desperecé antes de tomar una ducha fría y de vestirme todo lo aprisa que pude.

Apenas tardé tres minutos en tomar mi cartera, bajar, sacar mi coche deportivo del garaje y ponerme en camino.

Las calles de Lovaina estaban desiertas. Eran las dos de la madrugada en el reloj del cuadro de mandos de mi automóvil.

Cuando enfilé la Chaussée de Namur me puse a pensar, una vez más, en Albert Van Heest, en Alice y en el extraño caso del embarazo de esta última.

Un caso verdaderamente extraño.

Antes de seguir adelante trataré de explicar, en pocas palabras, que yo, Denis Mafrans, médico belga que había hecho carrera a base de suspensos en junio y aprobados por los pelos en septiembre, me había convertido en un hombre famoso casi de la noche a la mañana.

Y todo porque se me ocurrió demostrar que, pese a ser un mal estudiante, no tenía un pelo de tonto, y al iniciarme en la especialidad médica de la tocoginecología, inventé un aparato.

Sí, simplemente eso: un aparato.

Primero lo bauticé con el antiestético nombre de fetoscopio y luego lo rebauticé con el otro más convencional de sexodetector.

Pero, como el nombre es lo de menos y lo demás el aparato, lo patenté, empecé a fabricarlo por mi cuenta, gané un montón de dinero, vendí la patente y me pagaron otro montón.

En fin, que si seguía practicando era más bien por sentido humanitario, pues mi padre me decía siempre que antes de ser un médico inhumano, egoísta y sin conciencia, me dedicara a salteador o a la estafa a escala internacional.

El sexodetector, como su nombre indica, no tenía más aplicación que la de averiguar, a la cuarta o quista semana, si el bebé iba a ser varón o hembra.

Al futuro papá que tiene cinco o seis chiquillos de ambos sexos le da lo mismo que el siguiente sea niño o niña, sobre todo si tiene que sudar la gota gorda para ganar el sustento de la familia...

Ah, pero no ocurre lo mismo cuando el futuro papá espera su primer vástago. Y si este futuro papá es rico, millonario, como en el caso de Albert Van Heest, la curiosidad por conocer el sexo de «lo que va a venir» es mucho mayor, convirtiéndose entonces en una curiosidad casi legítima.

Claro está, a más dinero, más curiosidad.

Cosas de ricos...

El posible que en el caso de Albert Van Heest, la curiosidad de que hablamos estuviera más o menos justificada. Sus seis años de matrimonio habían sido de una esterilidad absoluta, y en vano habían recurrido a los mejores especialistas del género de todo el mundo. Alice no podía tener hijos ni fundiéndola de nuevo.

Cansados ya, no de gastar dinero, porque esto era lo de menos para ellos, sino de ir de médico en médico sin resultado alguno y, lo que era peor, sin esperanza, habían decidido adoptar un hijo.

Y he aquí que, cuando habían tomado tal decisión, Alice, contra todo pronóstico y dando un mentís rotundo a todos los especialistas y a todas las pruebas a que fue sometida, pude comprobar, tras un reconocimiento previo, que Alice iba a ser madre.

Pero lo más raro del caso fue que mi famoso sexo detector falló en

aquella ocasión, o sea, que .no «me dijo» si la cigüeña les traería un heredero o una heredera para sus millones.

Yo lo achaqué a lo prematuro del reconocimiento.

Les dije que volvería después para echar una segunda ojeada a Alice y que, si ocurría algo anormal, me lo comunicaran.

De esto hacía ya más de veinte días. Y ahora, de madrugada, Albert me llamaba con la desesperación de un náufrago, arrancándome de la cama en pleno sueño y pidiéndome, ordenándome, que fuese para allá a todo gas.

Lo más natural sería que Alice tuviera vómitos, mareos, etc., como les suele suceder a todas o a casi todas las futuras mamas que van a serlo por primera vez. Albert había exagerado la nota con aquello de que lo de Alice era un «caso raro».

Seguramente entendían por caso raro, como también yo lo entendí al principio, el hecho de que mi sexodetector fallara el sondeo a los primeros días... ¡Como si uno pudiera hacer milagros!

La sensibilidad del sexodetector, con ser mucha, no alcanzaba a detectar el sexo en un estado tan incipiente, necesitando, como mínimo, un margen de tres semanas, aunque a mí no dejaba de molestarme que el aparato de mi invención y que tan óptimos resultados estaba dando, fallara por primera vez y precisamente cuando más me hubiera gustado lucirme por tratarse de unos amigos tan íntimos como los Van Heest.

Me estaba haciendo estas consideraciones cuando efectué un viraje en ángulo recto para abandonar la autopista e internarme por el sendero de grava bordeado de árboles que daba acceso a la lujosa mansión de los Van Heest.

Con decir que la casa era algo así como un palacio de las Mil y Una Noches queda dicho todo. Con la diferencia de que en los tiempos de Alí Babá no se conocía la electrónica, y la «choza» de los Van Heest estaba dotada de los más modernos adelantos.

Los faros de mi automóvil iluminaron la rechoncha figura de Albert en la ancha galería, teniendo que frenar antes de llegar junto a las primeras gradas para no atropellarlo, pues se lanzó corriendo hacia el coche y los haces luminosos de los faros lo deslumbraron como a una polilla gigante.

Salté del vehículo con la cartera en la mano.

—¡Loco! —gruñí—. ¿Es que quieres cargar mi conciencia con la muerte de un amigo? Si te descuidas, te echo el coche encima.

Albert Van Heest me agarró por el brazo con tanta fuerza que me hizo respingar.

—Es que estoy preocupadísimo, Denis —murmuró, angustiado—. Tú no querrás creerlo, pero Alice se encuentra muy mal. Se retuerce de dolor. Ya lo verás por tus propios ojos. ¡Pero, por Dios, date prisa! Tendrás que administrarle un calmante o...

—Está bien, muchacho, sosiégate. Algo ha debido hacerle daño. A lo mejor cenasteis tarde o... ¿quién sabe? De todos modos no creo que sea para ponerse así. Vamos para allá.

Pasamos de la noche honda y silenciosa, cuajada de estrellas, a la casa. También aquí reinaba un silencio absoluto, como si se tratara de un lugar deshabitado pese al bienestar que se respiraba por doquier.

Albert pareció reparar en mi gesto de asombro porque, olvidando un instante su congoja, se apresuró a explicar:

—La servidumbre duerme. No he querido despertar a nadie. Lo que Alice necesita es un médico, y tú eres el más indicado como tal y como amigo.

Le sonreí, palmeándole la espalda.

—Gracias por la deferencia, Albert. Acabaré por agradecerte que me hayas echado de la cama a estas horas.

Subimos al segundo piso en el ascensor automático accionado por células fotoeléctricas, y antes de entrar en el dormitorio, ya oí los quejidos sordos de Alice a través de la puerta.

La puerta se abrió cuando nos faltaban dos pasos para llegar a ella y vi a Alice, muy pálida, tendida en un sofá y cubierta con una camisa de noche color lila. Su rostro estaba contraído por el dolor, no me cupo la menor duda de que debía de sufrir terribles dolores.

—Por lo que más quieras, Denis —me suplicó—. Proporcióname un calmante, lo que sea. Albert no ha querido darme nada hasta que tú vinieras... ¡Oh, Dios mío!

—Espera un segundo, muchacha —le sonreí para prestarle ánimos—. Antes debo reconocerte, para investigar el origen de esos dolores. Por favor, respira hondo y relájate cuanto te sea posible.

Alice trató de seguir mis indicaciones, mientras yo me quitaba la chaqueta y abría la cartera.

Albert se paseaba de un lado para otro, sin decir nada, fumando nerviosamente en la clásica actitud del hombre que espera, en el pasillo de una clínica de maternidad, que le anuncien el nacimiento de su bebé.

Sólo que Albert Van Heest no iba a ser jamás padre de un bebé.

Yo había empezado a examinar a Alice y, de pronto, con los

auriculares del sexodetector pegados a los oídos, me detuve en seco.

No, no podía ser. Aquel condenado cacharro debía estar estropeado, aunque... el día anterior había funcionado perfectamente en varias visitas que hice. Que me ahorcaran si comprendía nada.

Mi cara de asombro debió de sorprender a Albert, quien se acercó moviendo muy aprisa sus cortas piernas.

—¿Qué pasa, Denis?

Le impuse silencio con un gesto.

Alice había dejado de quejarse y, con los ojos cerrados, respiraba acompasadamente.

De pronto sufrí un estremecimiento.

Y todos mis sentidos se pusieron en tensión. Sí, ahora comprendía sin lugar a dudas.

El sexodetector funcionaba bien, como de costumbre, y detectaba la presencia de un ser vivo.

Un ser vivo que alentaba a un ritmo extraño, desconocido.

Pero...

¡Aquel ser, o lo que fuera, no tenía sexo!

Seguí escuchando inmóvil, con la cabeza agachada para ocultar mi turbación, pero con todos los sentidos atentos al menor ruido extraño que me llegara a través del aparato.

Y entonces llegó.

Alice se había calmado por completo, y Albert, como si presintiera que algo insólito ocurría, se había detenido en el centro del dormitorio.

El silencio era de lo más absoluto.

El extraño sonido que el sexodetector transmitía a mis oídos no era la detección de sexo alguno; era un murmullo, algo así como el susurro de un moribundo o como la voz que nos llega quedamente a través de un cuerpo opaco.

Alice exhaló un suspiro y se desmayó.

Y en aquel preciso instante, mis oídos ávidos registraron las tres palabras que iban a cambiar por completo el rumbo de mi existencia.

Tres palabras nítidas, de una claridad asombrosa, pero pronunciadas en un tono que puso en mis venas el frío del hielo:

—*Busca la llave*.

CAPÍTULO II

Todo movimiento, todo sonido, toda presencia de vida había cesado como por obra de magia después de aquellas tres palabras que ahora llenaban mi mente a rebosar, anulando cualquier otro pensamiento, impidiéndome reaccionar ante algo tan insólito.

Albert Van Heest reaccionó por mí y se lanzó sobre el cuerpo fláccido de Alice llorando como una criatura y llamando a su esposa con profundo desconsuelo.

—¡Alice, por favor! ¡No, Alice, tú no puedes morir! ¡Alice!

Yo también reaccioné.

Quitándome el sexodetector de los oídos, lo arrojé en seguida sobre el sofá y tomé el pulso de Alice. Sesenta y cuatro pulsaciones.

—Vamos, Albert, no seas niño —dije, recuperando la voz —. Alice ha tenido un simple desvanecimiento. Eso es todo. Y ahora sufre una ligera bradicardia. La inyectaré y en seguida se repondrá.

Y así fue.

Alice abrió los ojos a los pocos segundos y miró en torno suyo con aire estupefacto.

Y lo que más pareció extrañarle, a juzgar por su gesto, fue mi presencia allí, en su dormitorio.

—¡Denis! —exclamó—. ¿Qué haces tú aquí—. Miró el sexodetector a su lado y luego se fijó en que yo estaba en mangas de camisa—. Por otra parte, no pareces haber venido en plan de amigo, sino de médico —y añadió perpleja—: No lo entiendo, Denis. Tú eres ginecólogo y yo... bueno, tú sabes bien que no puedo tener hijos. Después de reconocerme el doctor Gómez Prat, en Madrid, perdí toda esperanza. ¿No es así, Albert?

Albert Van Heest estaba atónito, y yo también, la verdad. Eran demasiadas cosas extrañas para asimilarlas todas de una vez. Sobre todo, en mi caso, después de haber escuchado aquellas palabras de las que Albert, con toda seguridad, no tenía la menor idea.

Albert se dejó caer al lado de su esposa y le tomó la mano con gesto afectuoso.

—Oye, querida, por favor. Tú... tú debes encontrarte bajo los efectos de la inyección que acaba de ponerte Denis. Él vino a reconocerte, tú perdiste

el sentido y ahora lo has recobrado, seguramente a causa del estimulante que Denis te inyectó. Dime, cariño, ¿te encuentras bien?

Alice se desperezó y se llevó los dedos a la boca para reprimir un bostezo. Luego dijo:

—Me encuentro perfectamente, y con unas ganas bárbaras de dormir. Pero no entiendo lo que has dicho antes, querido. ¡Qué más quisiera! Por favor, Albert, no me gastes bromas de ese tipo. Jamás he sentido el menor síntoma de maternidad. Y bien sabe Dios que lo siento. Pero tú, pobre Albert, que tienes tantas ganas como yo de un hijo, has debido de soñar, ¿verdad, Denis?

Antes de que yo tuviera tiempo de responder, lo hizo Albert con expresión de estupor:

—Alice, tú... ¡tú no te encuentras bien! Pero... ¡pero si Denis te reconoció hace cosa de veinte días y dijo que sí, que...! Y anoche te dieron unos dolores muy fuertes, y por eso llamé urgentemente a Denis. ¿Verdad que sí, Denis? ¿Verdad que hace unos minutos Alice sufría terriblemente?

Los dos esposos me estaban poniendo por testigo para que yo corroborase la veracidad de sus manifestaciones y, ni que decir tiene, a menos que yo estuviera loco o lo estuviéramos los tres, quien llevaba toda la razón era Albert.

Y como, por otra parte, aquellas palabras misteriosas, inconcebibles «*Busca la llave*» seguían zumbando en mis oídos de forma obsesiva, decidí cortar por lo sano ante el temor de que aquella extraña situación degenerase en un ataque de locura colectiva.

—Alice tiene sueño y está muy cansada. Y, como su aspecto indica que se encuentra bien, lo más acertado será que se acueste. Mañana venís los dos a mi consultorio y haré a Alice un reconocimiento completo. Ahora no dispongo de lo necesario para ello.

Alice se levantó y se dirigió al lecho.

—Creo que tienes razón, Denis. Mañana será otro día. Me estoy... cayendo de sueño...

Me puse rápidamente la americana, metí el sexodetector en la cartera y le hice a Albert una seña para que me siguiera.

Ninguno de los dos pronunciamos una palabra más hasta salir de la casa.

Fui yo quien rompí el silencio, poniendo una mano en el hombro de Albert. Su estado de aturdimiento me causaba pena.

—No te preocupes demasiado por lo ocurrido, querido Albert. Alice se

encuentra bien, que es lo importante. No te niego que la cosa ha llegado a intrigarme. Pero —le mentí—creo que ahora lo veo todo perfectamente claro.

—¿Qué lo ves claro? Oye, Denis, no...

—Déjame hablar, muchacho. Alice ha sufrido un sencillo ataque de amnesia cuyas causas desconocemos. Posiblemente se autosugestionó debido a sus fervientes deseos de ser madre. Por eso falló mi aparato detector en aquella primera visita. Lamento decirte que Alice sigue siendo tan estéril como antes. No he descubierto el menor vestigio de vida —volví a mentir—. Todo se debió a una falsa alarma.

—Pero ¿y los dolores de anoche?

Elaboré la respuesta por los pelos.

—El caso, después de todo, no es tan enrevesado... si se exceptúa el estado de amnesia sufrido por Alice durante su desvanecimiento. Pero volverá a recuperar la memoria, y todo quedará en una broma pesada que le gastó su organismo.

Albert Van Heest distaba mucho de darse por convencido, pero como era millonario y no médico, tuvo que conformarse con aquella explicación convencional. Pero que la aceptaba con reservas, eso se notaba a la legua.

—Está bien, Denis, siento...

—Más lamento yo el mal rato que habéis pasado los dos. Hasta mañana. Duerme bien y no le des más vueltas al asunto.

Nos estrechamos la mano.

—Hasta mañana, Denis. Pásame la factura cuando quieras.

—Bah, no te preocupes. Tiempo habrá para eso...

Subí al coche y lo lancé hacia la autopista con el cerebro convertido en un caos.

Por la Chaussée de Namur circulaban escasos vehículos, pero todos ellos a velocidades vertiginosas, lo que evidenciaba que sus conductores, hartos de trasnochar, volaban en busca del sueño.

Yo estaba completamente desvelado.

Encendí un cigarrillo y reduje la marcha de mi automóvil, porque no tenía prisa en encerrarme entre las cuatro paredes de mi habitación y devanarme los sesos pensando en lo ocurrido aquella noche.

Intenté encauzar mi mente por otros derroteros, levantando así un muro entre mi cerebro y aquellas palabras que habían llegado a mis oídos a través del sexodetector.

En mi subconsciente se repetían, una y otra vez, con pasmosa claridad, aquellas palabras que habían brotado del vientre de Alice Van Heest: *Busca la llave*.

Empecé a barajar las más descabelladas conjeturas, no descartando la posibilidad de una broma de mal gusto.

Pero ¿quién iba a gastarme aquella broma? ¿Cómo? ¿Con qué objeto?

Absurdo, absurdo a más no poder.

Pero más absurdo era el hecho de que aquellas palabras hubieran llegado a mis oídos a través del sexodetector.

Ni pensar en alucinaciones. Yo no las había sufrido jamás, aparte de que soy hombre práctico y poco dado a fantasías. Además, en el momento de oír aquellas palabras, cuyo carácter de mensaje no podía ser más evidente, yo estaba atento a lo que hacía, tenía todos los sentidos puestos en el aparato detector...

Era indudable que Alice Van Heest había albergado una forma viva, latente y, por inexplicable que pudiese parecer, *sin sexo*.

Pero aquella forma, ser o lo que fuera había muerto, fenecido, se había convertido en nada después de pronunciar aquellas palabras de significado tan ambiguo. Yo estaba seguro de ello. Mi seguridad se basaba en la extraña reacción de Alice tras recobrar el sentido. Ella no recordaba nada. Y se encontraba perfectamente. Por eso me hubiera dejado matar en la seguridad de que en Alice no quedaba el menor rastro. Y por eso mentí a Albert al decirle que no había habido tal y que todo se debía a una falsa alarma.

Y si había existido no podía haberse producido solo. Esto no tenía aceptación según las leyes naturales de la vida, donde todo efecto necesita una causa. Por otra parte, aquella forma o ser no podía haber sido nunca de Albert Van Heest, pues, en tal caso, el ser forzosamente habría tenido características humanas.

Sin embargo, las palabras que me habían llegado a través del sexodetector, aparte su tono extraño, o que a mí me pareció extraño debido a las circunstancias, fueron pronunciadas por un ser digamos... «adulto», de dicción perfecta.

Entonces recordé algo más. Recordé los murmullos oídos antes de aquellas tres palabras, como si el ser que las pronunció agonizara y reuniese sus últimas energías para decirme que buscara la llave.

Pero ¿qué llave? ¿Y para qué? ¿Dónde tenía yo que buscarla?

El sudor me empapaba la frente y el cuello de la camisa, por lo que bajé el cristal de la ventanilla para dejar entrar el aire fresco de la

madrugada, prefiriéndolo al sistema de refrigeración del coche.

Cinco minutos después entraba en Lovaina después de cruzar Héverlé y la autorruta de Bruselas.

Al detener el coche delante de mi casa vi a un hombre apoyado en el capot de un «jeep» de los utilizados por los campesinos para las faenas agrícolas. El vehículo estaba aparcado en la acera opuesta y, apenas abrí la portezuela, el hombre se dirigió apresuradamente hacia mí.

—¿Es usted el señor Denis Mafrans, el famoso ginecólogo?

Lo de famoso me hizo cosquillas en la médula pese a mi estado de ánimo y miré atentamente al sujeto. Era de mediana edad, robusto, pelirrojo, vistiendo el clásico atuendo de los campesinos flamencos, y se notaba a simple vista que estaba muy agitado.

—Sí —respondí escuetamente —. Yo soy Denis Mafrans. Y usted ¿quién es?

—Me... me llamo Emil Janssens y tengo una granja en la carretera de Malinas.

—Bien, usted dirá en qué puedo servirle.

Era obvio que el pobre hombre no sabía por dónde empezar. Se había quitado el típico «béret», especie de boina con un lacito en la parte posterior, y le daba vueltas entre las manos.

—Es que... verá usted... —tartamudeó.

—Espere un momento a que encierre el coche y subiremos a mi despacho. Allí podrá explicarse con calma.

Pero, al hacer ademán de sacar del bolsillo las llaves del garaje, Janssens me contuvo y su verborrea se desató en el acto.

—No, señor Mafrans, por favor; no encierre el coche. He venido para rogarle que me acompañe. Le he llamado hace un rato por el fonovisor, pero usted no ha contestado. No sabía si es que no estaba en casa o que no quería contestar...

—Eso último está muy mal pensado, amigo —le interrumpí—. Yo no he dejado de contestar nunca a una llamada.

—Sí, sí, bueno; usted perdone que pensara eso. Pero es que mi esposa se siente muy mal, ¿sabe usted? Y quiere... se le ha metido en la cabeza que la visite usted. Yo le he dicho que hay otros ginecólogos de menos... en fin, ya me entiende, y que usted sólo se dedicaría a visitar a la gente de postín. Nosotros..., aunque podemos pagar, somos unos modestos campesinos...

—Pues está usted en un error, señor Janssens —le interrumpí de nuevo

—. Yo visito a quien me llama. Entérese, por si no lo sabe, de que mi padre era un labriego de Gelrode, a dos pasos de Lovaina. Pero vamos al grano. ¿Qué le ocurre a su esposa?

—Pues eso, que no se encuentra bien. Tiene dolores. Es nuestro primer niño, ¿sabe usted, señor Mafrans? Llevamos doce años casados y ahora que habíamos perdido toda esperanza, ¡zas!

—Sí, sí, claro. ¿Eh? ¿Cómo ha dicho usted?

Aferré al labriego por los hombros y lo zarandeé como si fuese un muñeco a pesar de su corpulencia.

El hombre estaba aturdido a más no poder, y ahora, ante mi actitud violenta, parecía incluso asustado y me miraba como si me hubiera vuelto loco de repente.

—¿Es que... es que he dicho algo malo?

—No, hombre, no ha dicho nada malo —le tranquilicé, notando que el corazón me brincaba en el pecho—. Usted ha dicho que éste es su primer crío después de doce años de matrimonio, o sea que suponía que su mujer era estéril, ¿no es así?

—Sí, señor; así es.

—¿Quién reconoció a su esposa?

—El doctor Deckonning, en Malinas.

Contuve el aliento. Sólo me quedaba una pregunta por hacer, y tenía la seguridad casi absoluta de conocer la respuesta.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unas tres o cuatro semanas, señor.

¡Tres o cuatro semanas!

—Vamos, en seguida. Usted delante para indicarme el camino. ¡Y pise a fondo el gas de su cacharro!

Janssens subió al «jeep», lo puso en marcha y tomó por la Avenue des Alliés en dirección a la carretera de Malinas.

Yo le seguía como la soga al caldero, con el morro de mi coche pegado a la trasera del «jeep», lo mismo que un potro con ansias de galopar que se obligado a ir detrás de un caballo viejo y cansado sin poder adelantarlo.

Mi excitación era perfectamente comprensible.

Bueno, quizá se debiera todo a una simple coincidencia; pero, si era coincidencia, de simple no tenía nada. Dos mujeres que esperan ser madres cuando menos lo piensan, mejor dicho, cuando ya no lo esperan en

absoluto, y que aproximadamente a la misma altura sufren fuertes dolores, etc.

Y en la misma noche y casi a la misma hora.

La única diferencia, sin la menor importancia para mí desde luego, estribaba en el hecho de que Alice Van Heest fuera la mujer de un millonario, y la otra, la de Emil Janssens, estuviese casada con un modesto granjero.

El «jeep» llegó a alcanzar los ciento y pico una vez en la carretera, pero a mí me seguía pareciendo que iba a paso de tortuga.

Encendí otro cigarrillo.

Ojalá no ocurriera nada anormal.

Pero no. En mi subconsciente se levantaba una voz poderosa que me invitaba a desear algo completamente distinto, a desear que allí, hubiese otro ser vivo esperando mi llegada para pronunciar más palabras, las que fuesen.

Me parecía estar viviendo una pesadilla y que, como suele ocurrir en todas las pesadillas, uno mismo era el protagonista. No obstante, yo quería llegar hasta el fondo de aquella pesadilla, ver el final, porque de lo contrario acabaría volviéndome loco.

Vi encenderse el intermitente derecho del «jeep», el cual aminoró la marcha para meterse por un camino vecinal que cruzaba unos campos de cultivo.

Yo le imité y, tres o cuatro minutos después, Janssens detenía su vehículo en el patio de un rústico edificio de dos plantas, con una huerta de frutales a la derecha y unos parrales cubiertos a la izquierda.

Un perrazo atado a un poste gruñó cuando me apeé del coche, pero Janssens gruñó más fuerte aún y el can agachó la cabeza y volvió a tumbarse.

—Por aquí, señor Mafrans —me invitó el granjero.

Le seguí al interior con la cartera en la mano y, al encender Janssens las luces, lo primero que se me ocurrió pensar fue que aquel edificio me gustaba mucho más que la principesca mansión de los Van Heest.

Allí se olía a granja, a sudor, a trabajo rudo, y como estos olores me recordaban mi niñez, yo los prefería a los de cualquier laboratorio de cosmética.

La escena que me aguardaba en el dormitorio de los Janssens sólo se diferenciaba de la que había tenido lugar poco antes en el mobiliario y en que la señora Janssens, contrariamente a Alice Van Heest, era una

campesina robusta, acostumbrada a ordeñar vacas y a manejar un tractor.

Con todo, la buena mujer sufría visiblemente y los esfuerzos que hacía para no exteriorizar su dolor ponían violentas contracciones en su rostro.

—No haga esfuerzos —le dije mientras me quitaba la chaqueta y abría la cartera—. Si duele, quéjese a sus anchas.

La mujer trató de sonreír. Estaba acostada, cubierta con el embozo. Dijo con voz entrecortada:

—Le agradezco mucho que haya venido, señor Mafrans... Dicen que usted...

—Cállese, por favor, y procure relajarse. Vamos a ver qué le pasa.

Janssens se había quedado tímidamente a los pies del lecho sin pronunciar palabra y dándole vueltas al «béret» entre sus manos callosas. Parecía más inquieto y asustado que su mujer.

Una intensa emoción se apoderó de mí cuando me acerqué al lecho de la señora Janssens para auscultarla.

Tenía la completa seguridad, la absoluta certeza, de que la granjera albergaba otro extraño engendro con la facultad de hablar, de dar un mensaje enigmático y luego desvanecerse sin dejar el menor rastro.

Mi intuición no me engañó, aunque a decir verdad, y dadas las circunstancias, no hacía falta ser muy intuitivo para presentir lo que iba a suceder.

Apenas inicié el reconocimiento con el sexodetector, los mismos susurros lejanos llegaron a mis oídos, la misma voz agónica que parecía reunir sus últimas energías para expresarse con claridad.

Y de pronto:

—*Busca la llave y salva la Tierra.*

Siete palabras.

Esta vez fueron siete palabras.

Y acto seguido, el cese de todo sonido, de todo movimiento, de toda vida en el vientre de la señora Janssens.

Como en el caso de Alice Van Heest, la granjera emitió un fuerte quejido y perdió el conocimiento.

Y también, como en el caso anterior, Janssens se lanzó sobre el lecho y abrazó a su esposa entre exclamaciones de angustia, creyéndola muerta sin duda alguna.

El resto fue una repetición más o menos exacta de la escena que tuviera

lugar en casa de los Van Heest.

Inyecté un estimulante a la señora Janssens, quien se recobró poco después diciendo que tenía un sueño espantoso.

Huelga decir que el bueno del granjero se echó a llorar creyendo que su mujer se había vuelto loca o que había perdido la memoria para siempre.

Traté de calmarle dándole las explicaciones tan poco convincentes que di a Albert Van Heest y aseguré a Janssens que no tenía nada que temer, que su esposa se encontraba en buen estado de salud y que aquel mismo día, o al siguiente, la llevara en el «jeep» a mi consultorio para hacerle un reconocimiento más a fondo.

Lo que yo deseaba en aquellos momentos más que nada era salir de allí, respirar el aire fresco de la noche y tratar de poner en orden mis pensamientos porque, si se me presentaba otro caso como aquél con prolongación del enigmático mensaje, acabaría por creer que yo era Napoleón Bonaparte o Aníbal, y tendrían que encerrarme en un manicomio.

Janssens me acompañó hasta el patio de la granja, y yo, tras decirle que no se preocupara, que ya me pagaría más tarde y que su esposa no tenía nada grave, subí al coche y salí embalado por el sendero vecinal hasta la carretera de Malinas.

Una vez allí me detuve y aparqué con las ruedas derechas del automóvil en la cuneta para obstaculizar el tráfico lo menos posible, aun cuando a aquella hora —las tres cuarenta y cinco de la mañana en mi cronómetro—no circulaba nadie por la carretera de Malinas a Lovaina.

Me apeé, encendí un pitillo y me apoyé contra el capot del coche.

Ya no podía con tantas emociones, con tanto «suspense», con el cúmulo de mis pensamientos, que eran como el sordo rumoreo de una corriente en el cauce de mi cerebro.

No comprendía nada y me sentía completamente desorientado.

Busca la llave y salva la Tierra.

Las cuatro palabras añadidas al mensaje tenían una significación clara y concreta en cuanto a la idea que se pretendía expresar, es decir, que yo tenía que buscar una llave y salvar la Tierra.

Hasta aquí el mensaje era clarísimo.

Pero ¿dónde tenía que buscar la llave?

¿Qué llave?

¿Y de qué tenía que salvar a la Tierra?

De algún peligro, sin duda alguna; a las cosas se las salva siempre, lógicamente, de un peligro o de una amenaza.

Ya no me preocupaba en absoluto el medio utilizado para comunicarme el mensaje. Sólo éste importaba; el mensaje y su fuente de origen.

Pero ¿cómo iba a salvar la Tierra yo, Denis Mafrans, médico ginecólogo, cuyo único mérito consistía en haber inventado un aparato para detectar el sexo, y que ahora caminaba completamente a ciegas?

Miré al cielo, en esa dirección adonde se mira siempre que uno quiere pedir ayuda cuando aquí abajo se nos cierran todas las puertas, y el viento fresco de la noche enfrió el sudor que me regaba la frente.

Me parecía muy raro que el cielo casi perpetuamente nublado de Bélgica estuviese ahora limpio de nubes. Las estrellas brillaban con todo su esplendor y de vez en cuando se veían moverse velozmente las luces de alguna de aquellas naves espaciales que, desde años atrás, realizaban viajes a todos los planetas del Sistema Solar.

La noche era honda y silenciosa, impregnada de misterio, y de pronto me sentí pequeño, minúsculo e insignificante en presencia de tanta inmensidad y ante la pasmosa magnitud de mi problema.

Murmuré quedamente:

«¡Ayúdame, Dios mío!...»

Me quedé mirando la Estrella Polar, ese eje magnético que siempre había ejercido tanta atracción sobre mí desde que era niño, con el cigarrillo apagado en los labios y la angustiosa mirada tendida al infinito.

Yo la miraba como fascinado, sin poder apartar los ojos de ella, viéndola crecer y crecer hasta convertirse en algo cegador que amenazaba deslumbrar el universo entero.

La luz me envolvía ya como las llamas al ajusticiado que perece en la hoguera, anulando mis sentidos, mi facultad de pensar, todo.

Entonces perdí el conocimiento.

CAPÍTULO III

Mi primera sensación, al despertar, fue de hambre y de sed.

Por curioso que pudiera parecer, recordaba perfectamente los segundos que precedieron a mi desvanecimiento, cuando vi aquella claridad deslumbradora y envolvente que había brotado de un punto remoto del espacio.

Ésta fue la causa de que mirara en torno mío para ver si mi coche estaba aún aparcado en la orilla de la carretera de Malinas, con las ruedas del lado derecho metidas en la cuneta.

Me parecía que sólo había transcurrido un segundo desde entonces.

Pero no; no quedaba ni rastro del coche, de la carretera ni de la noche estrellada.

Me encontraba en una estancia de regulares dimensiones y paredes de un tono claro que despedían una extraña luminiscencia. El techo era del mismo color y en la pieza no había lámpara ni aparato de luz de ninguna otra clase.

La litera en la que estaba tendido era muelle, de un tejido raro, que en nada me recordaba a los que había visto hasta entonces.

En la pared opuesta había una ventana a poco más de un metro del suelo. Me levanté y me dirigí hacia ella.

¡Fue entonces cuando reparé en que la litera estaba suspendida en el vacío!

Aquello y lo que vi al otro lado de la ventana me hizo suponer que estaba soñando.

Yo jamás hubiera podido sospechar que existiesen árboles azules. Bien es verdad que soy un poco daltónico, enfermedad que carece casi por completo de importancia y que, por ser congénita, no tiene cura y es difícil que llegue a tenerla. Como todo el mundo sabe, el daltónico sólo confunde los colores intermedios, pero jamás el negro, el blanco, el rojo, el amarillo y el azul, por ser los colores básicos.

Y aquellos árboles eran azules a más no poder, de un azul tan intenso que invitaba a la contemplación. Tenían una vaga apariencia de cipreses, si bien el tronco, desde el suelo hasta el comienzo de las ramas, era más largo y grueso que el de aquéllos.

Por si esto fuera poco, los árboles en cuestión no estaban enraizados en la tierra ni en nada que se le pareciese, pues la superficie donde se alzaban era lisa, brillante, sin la menor arruga o protuberancia, lo que me hizo pensar que tal vez fueran árboles artificiales que descansaran sobre una plataforma de vidrio o de metal.

Afuera reinaba la misma extraña claridad que en la habitación donde me encontraba, y bajo esta claridad vi, diseminados entre los árboles azules, unos edificios que no me recordaban en nada a los más modernos construidos en la Tierra.

Todos ellos eran de forma cónica y, al ser del mismo tamaño, ofrecían una simetría perfecta. Estaban construidos de un material liso y brillante como el del suelo y no tenían puertas ni ventanas, a menos que éstas se hallaran en el lado opuesto a mi punto visual.

Pero no. Yo no estaba soñando. Es decir, cuando se ha encontrado en una situación extraña o peligrosa, ha pensado que soñaba y que despertaría, ocurriendo así poco después.

Sin embargo, sabía que no era esto lo que me estaba sucediendo. Descarté la idea de pellizcarme o arrearme un puñetazo en la mandíbula. ¿Para qué? Yo no soñaba. Me habían llevado allí, como fuera, y el hecho debía tener una explicación.

El hambre y la sed que sentía me confirmaron en la idea de que estaba completamente despierto, de manera que lo más importante era llenar el estómago y apagar la sed. Luego, lo que viniera.

Pero entonces reparé en que la habitación no tenía ninguna puerta. Me había vuelto para comprobarlo, pero el verdadero chasco me lo llevé cuando quise asomarme nuevamente a la ventana.

¡Había desaparecido!

En la pared opuesta a la litera no había el menor rastro de ventana. Las paredes, circulares según pude darme cuenta ahora, eran completamente lisas y de ellas se desprendía la misma luminiscencia.

Furioso, me dejé caer en la litera suspendida y me golpeé la palma de la mano izquierda con el puño derecho.

—¡Esto se pasa de castaño oscuro! —barboté—. Me traen aquí, me encierran como a un reo y no me dan ni agua.

Fruncí el ceño al escuchar el eco de mi propia voz, extraño, metálico, sacudido por una rara vibración.

Pero como ya no me extrañaba de cuanto pudiera ocurrirme —eso era lo que yo creía—y tenía la seguridad de estar siendo juguete de unas fuerzas misteriosas superiores a toda comprensión humana, decidí armarme

de valor y de paciencia y dejarme llevar por el curso de los acontecimientos.

No me cabía la más mínima duda de que todo aquello estaba estrechamente relacionado con los extraños mensajes llegados hasta mí por mediación de los engendros, no menos extraños, anidados en los vientres de Alice Van Heest y de la señora Janssens.

Entonces se me ocurrió un comentario mordaz:

«Como tarden mucho en darme de comer no voy a poder con esa famosa llave cuando la encuentre... si la encuentro.

—La encontrarás.

Me volví de repente y me puse en pie como una continuación a este movimiento.

La voz tenía cierta semejanza con la mía, o tal vez me lo pareció debido a la resonancia de aquellas paredes de metal... o de lo que fueran.

Y allí estaba el hombre.

Digo hombre porque era un ser de apariencia perfectamente humana, aproximadamente de mi estatura y complexión un tanto atlética. Iba vestido con un traje de una sola pieza parecido a los utilizados para viajar por el espacio, muy ajustado al cuerpo y formando escamas tan minúsculas que apenas podían apreciarse.

Con todo, lo que más me sorprendía era la rara perfección física del hombre. Tanto el cuerpo como el rostro parecían esculpidos por un consumado artista, pero ello no daba al hombre en cuestión la menor apariencia de estatua o cosa fría. De su persona se desprendía un no sé qué de cálido y afectuoso que invitaba a la amistad, a la confianza. Le calculé unos treinta años.

—¿Quién eres? —le tuteé a mi vez. El hombre sonrió.

—Ponme tú mismo el nombre. Yo no lo tengo. Ninguno de nosotros lo tiene individualmente.

—¿Y puede saberse quiénes sois vosotros?

—Claro que puede saberse. Somos los Custodios del Universo. Aunque supongo que esta denominación no debe decirte nada.

—No —repuse—. Nada en absoluto.

—Entonces trataré de explicarme.

—¡Eh!, un momento. Antes de darme ninguna clase de explicación, ¿quieres decirme cómo has entrado aquí? No hay ninguna puerta. Y, por si fuera poco, la ventana que había frente a la litera ha desaparecido como por

arte de magia.

El hombre volvió a sonreír.

—Aquí no hay magia ninguna. Todo es natural. Yo he entrado por la pared.

Debí mirarle con cara de tonto.

—¿Por la pared?

—Sí. Y tú también saldrás por ella. A partir de ahora, si no quieres asombrarte a cada paso, has de encontrarlo todo natural y lógico. ¿Comprendes?

Yo no comprendía nada, pero dije que sí con la cabeza.

—Para empezar —siguió diciendo el Custodio —, te darás cuenta de que ya no tienes hambre ni sed.

Y así era en realidad. No es que notara la sensación de estar harto de comer, pero tampoco experimentaba el hambre ni la sed de unos momentos antes. La sensación era del hombre que ha comido hace un par de horas. Seguí mirando a mi interlocutor con la misma expresión de antes.

—No me mires así. Te repito que no debes extrañarte de nada, aunque considero que eso te va a ser difícil. Mientras dure tu misión no tendrás necesidad de comer ni de beber. Sólo en ese sentido serás como uno más de nosotros.

—¿Y quiénes sois vosotros? —pregunté. Y me respondí a continuación —: Sí, ya lo dijiste antes. Sois los Custodios del Universo. El nombre queda muy bien; pero, por todos los diablos, ¿puede saberse dónde estoy y qué clase de broma es ésta? ¿Mi misión? ¿A qué misión te refieres? ¿Quizás encontrar esa condenada llave?

Me había ido animando a medida que hablaba y ahora tenía los puños apretados y una dura mueca en los labios.

—No te enfades, Denis Mafrans —dijo el Custodio, pronunciando mi nombre por vez primera —. A la pregunta que me hiciste en primer lugar te responderé que estás en el Arcano Uno. Se trata de una especie de planeta, de reducidas dimensiones, situado más allá de todas las galaxias que puedan observarse desde la Tierra con los más modernos telescopios inventados por el hombre. ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar en un millón de años luz?

Me sentí mareado y me dejé caer nuevamente en la litera suspendida. Aquel individuo se estaba burlando de mí. ¡Un millón de años luz! Absurdo a más no poder. O sea que la luz tardaría un millón de años en llegar desde Arcano Uno a la Tierra. Y, sin embargo, yo experimentaba la sensación de

que sólo habían transcurrido unos minutos desde mi visita a la granja de los Janssens, en la carretera de Malinas.

El Custodio se sentó a mi lado en la litera y me posó una mano en el hombro. Un contacto perfectamente humano. Volví la cabeza y debí mirarle con cara de lástima.

—Ya te advertí que no debías extrañarte por nada, Denis Mafrans —dijo el Custodio—. Comprendo que en tu cabeza humana no pueda caber tanta enormidad. La luz puede tardar miles o millones de años en ir de un punto a otro del Universo, pero hay algo que supera infinitamente la velocidad de la luz, ¿Sabes qué es? El pensamiento. Sólo el pensamiento consigue la velocidad absoluta. ¿Lo comprendes ya?

Asentí con un gesto.

—Creo comprenderlo —repliqué aturdido aún—. O sea que ya he viajado desde la Tierra hasta aquí a la velocidad del pensamiento, ¿no es eso?

—Ni más ni menos. Sólo que no has viajado por voluntad propia. Somos nosotros quienes te hemos hecho viajar mediante un desdoblamiento de personalidad. En estos momentos, en un puntito minúsculo del Universo, en un planeta llamado Tierra, un hombre, Denis Mafrans, se recupera de un desvanecimiento sufrido junto a su coche en una carretera oscura y se dirige nuevamente a la ciudad en que vive. Acaba de visitar a dos mujeres embarazadas de cuyos vientres han emanado sendos mensajes. El Denis Mafrans que ha recibido dichos mensajes en la Tierra no recordará nada de lo sucedido y continuará haciendo su vida ordinaria como médico ginecólogo. Un momento. En seguida vas a comprobarlo.

El Custodio trazó un rectángulo en el aire y ante mis ojos, que yo creía ya incapaces del asombro, apareció una pantalla muy semejante a la de un televisor de veintitrés pulgadas, aproximadamente a la altura de mi pecho.

Sí, no me cabía la menor duda de que era yo el hombre que se veía en la pantalla. Yo, subiendo a mi coche aparcado con las ruedas derechas en la cuneta y poniendo el vehículo en marcha en dirección a Lovaina. Tan tranquilo. Como si nada hubiera sucedido.

—Ahora —añadió el Custodio —, como nosotros dominamos el Tiempo a nuestro antojo, vas a ver lo que harás mañana en tu consultorio.

La pantalla se oscureció un momento y en ella apareció luego mi consultorio de Lovaina. Yo, vestido con mi bata blanca y con mi guante de goma en la mano derecha, reconocía a Alice Van Heest, que estaba tendida en la camilla. Y Albert Van Heest, que observaba la escena apoyado en la vitrina del instrumental, tenía cara de circunstancias.

Al efectuar el Custodio un simple gesto con la mano, la pantalla desapareció. Sonrió aquél y se volvió hacia mí.

—¿Qué te ha parecido la experiencia? —dijo—. Tú y él sois exactamente la misma persona, pero sometidos ahora al desdoblamiento absoluto. Cuando tu misión haya terminado, el Denis Mafrans que has visto en la pantalla y el que ahora tengo ante mí volverán a ser una y la misma persona.

—Pero ¿y el mensaje? —pregunté—. ¿Cómo me fue enviado de una forma, por un procedimiento tan extraño?

—No tan extraño, habida cuenta de que eres ginecólogo e inventaste un aparato para detectar el sexo. Una onda ultracromosómica enviada por nosotros anidó en los vientres de esas dos mujeres, las cuales quedarán, de rechazo, curadas de esa esterilidad que ellas creían incurable.

Dejé escapar un profundo suspiro y contemplé al Custodio con expresión admirativa. Dije:

—Debo suponer que vosotros, los Custodios del Universo, poseéis la facultad de hacer milagros.

—No. En eso te equivocas. Los milagros son facultativos del Gran Hacedor. Sólo Él tiene poder para realizarlos. Lo que nosotros hacemos es algo logrado por el camino de la ciencia, de la perfección y de la bondad. Somos la raza más antigua del Universo y la elegida por el Gran Hacedor para regir los destinos de todo cuanto Él creó. Hemos alcanzado la inmortalidad, es decir, la perfección casi absoluta, y dominamos todas las dimensiones del tiempo y del espacio. Como nuestro nombre indica, nuestra misión consiste en velar por todos los mundos del Universo en nuestra condición de jueces o árbitros. Por eso te enviamos aquel mensaje de advertencia. La Tierra corre un grave e inminente peligro. Y tú, Denis Mafrans, tienes que salvarla.

—¿Yo? —grité—. ¿Y por qué yo precisamente? Vosotros, según veo, tenéis un poder casi ilimitado. ¿Por qué no evitáis ese peligro que se cierne sobre la Tierra y que yo desconozco en absoluto?

Entonces fue cuando obtuve una respuesta que me dejó helado.

—Es que nosotros también lo desconocemos.

—¿Cómo?

El Custodio no había perdido su sonrisa afectuosa.

—Nosotros tenemos nuestras propias leyes y en modo alguno podemos apartarnos de ellas. Estas leyes son el Bien y el Mal. Cuando el segundo quiere destruir al primero es cuando intervenimos nosotros. A pesar de cuanto puedas imaginar, nuestro papel es más bien secundario. Por encima

de nosotros está, como te he dicho antes, el Gran Hacedor. Tú sabes que en tu planeta han ocurrido graves catástrofes a lo largo de su historia, lo mismo que en otros muchos mundos del Universo. Tú mismo, en la Tierra, habrás pensado alguna vez: ¿Por qué el que todo lo puede no ha evitado, con un simple milagro, tal o cual hecatombe? Pues sencillamente porque eso sería contrario a las leyes que Él mismo estableció.

—Comprendo —dije—. El Gran Hacedor, es decir Dios, concedió a todas las criaturas por Él creadas el sentido del Bien y del Mal para que luego obraran a su antojo.

—Exacto. Pero siempre concediendo la oportunidad de que sea el Bien el que triunfe. Y aquí es donde entramos nosotros en juego. Nosotros ponemos las armas en las manos del Bien para que éste se defienda contra el Mal. Es la eterna lucha del fenómeno de la Vida. Tú representas ahora el Bien. Y tienes que luchar. De ti depende la salvación de tu mundo. Tienes que encontrar la llave. Eso es todo. Tienes que emplear la fuerza, la inteligencia, la bondad...

—Pero antes te he preguntado, y me he preguntado a mí mismo, por qué tengo que ser yo, precisamente yo, quien deba correr esa aventura jamás soñada por la mente humana.

—Porque así está escrito en El Libro. No puedo decirte más. Únicamente puedo añadir que no estarás solo en esa lucha. Te acompañará alguien de tu mundo. De este modo, si la Tierra fuera destruida, vuestra especie no desaparecería del Universo. Te acompañará una mujer. Ven conmigo.

Se levantó y me agarró del brazo. Yo le seguí como un autómata, pero a un paso de la pared me detuve en seco.

—¿Es que quieres que me rompa la crisma? —pregunté.

El Custodio rió ahora con más fuerza.

—Sigue andando y no temas. Y no cierres los ojos. Has de empezar a dar muestras de valor. No olvides que estás representando a tu mundo en estos momentos.

Hice de tripas corazón y... sí, cruzamos la pared luminiscente, que a mí se me había antojado metálica, como si se hubiese tratado de un muro de niebla.

Afuera se respiraba una atmósfera, clara y limpia, y de aquellos árboles azules parecidos a los cipreses se desprendía un leve aroma que acariciaba el olfato. El suelo era como un cristal bruñido y no se veía a nadie en torno a los raros edificios cónicos.

—¿Y los otros Custodios? —pregunté—. ¿Dónde están?

—Cada uno de nosotros representa a los demás. Es decir, que formamos parte de un todo. Los otros están ahora dedicados a tareas como la que a mí me ocupa contigo. No olvides que nuestra misión es custodiar todos los mundos del Universo. Y esto —concluyó con una sonrisa— da trabajo.

Yo miraba hacia arriba como embobado, hacia lo que debía ser el cielo. Y sólo veía una masa atmosférica del mismo color de los edificios. No tenía la menor idea de si era de día o de noche, aunque albergaba la sospecha de que allí, en Arcano Uno, la noche y el día carecían de significado.

El Custodio me señaló uno de los edificios cónicos.

—Allí encontrarás a tu compañera —me dijo—. Yo os volveré a ver en el momento oportuno.

Se alejó por entre los árboles. Entonces y sólo entonces reparé en que yo iba vestido tal como lo estaba en el momento de perder el sentido junto a mi coche en la carretera de Malinas. Me ajusté el nudo de la corbata, me alisé los cabellos y me dirigí al edificio que me había sido indicado.

Una rara curiosidad, no exenta de emoción, me invadía.

Al llegar junto a la «pared» del edificio no vacilé lo más mínimo, por si el Custodio me estaba observando, y la crucé con la misma facilidad que momentos antes, como si estuviera hecha de niebla.

Entonces vi a una mujer acostada en una litera suspendida, lo mismo que aquélla en la que yo había despertado.

Me quedé boquiabierto.

CAPÍTULO IV

Uno ha visto en su vida mujeres de todas clases, como cada quisque, pero siempre hay una que a primera vista nos causa más sensación que las demás.

La que yo tenía ahora delante de mis ojos era de las que causan sensación a primera vista... y a octava.

Y no creo que esto se debiera precisamente al hecho de encontrarme en Arcano Uno, a un millón de años luz de la Tierra.

Aquella mujer se hubiera llevado de calle a un misógino no solamente en aquel remotísimo punto del Universo, sino en cualquier vía urbana de nuestro planeta.

Y yo, de misógino, ni pum.

Era joven, morena, de ojos rasgados, nariz perfecta, labios sensuales, busto prieto, caderas rotundas, etcétera. Un etcétera que encierra bastantes cosas más.

De todo ello me di cuenta, repito, a primera vista. Me ayudó el hecho de que ella vistiera un equipo de submarinista, pero como ya había visto tantas cosas raras, lo del atuendo lo consideré normal. Y alabé el gustó de los Custodios del Universo al buscarme compañera.

Sólo me faltaba cerciorarme de su estatura, pero como ella se levantó de la litera tras los primeros instantes de sorpresa, pude apreciar que era casi tan alta como yo. Le eché unos veinticinco años.

—Hola —dijo en español, idioma que aprendí en la Universidad y que domino con bastante soltura—. ¿Eres un Custodio disfrazado de terrícola o de verdad eres el hombre de quien ellos me han hablado?

—Soy Denis Mafrans, médico ginecólogo de Lovaina, Bélgica, en el planeta Tierra —respondí en español—. ¿Y tú?

—Me llamo Juanita Martínez y soy profesora de Cultura Física en un centro deportivo de Manila, Filipinas —me contestó con una sonrisa—. También eso está en el planeta Tierra.

Nos estrechamos las manos.

—Bueno —sonreí —, por lo que veo, estos señores Custodios han elegido para salvar a la pobre Tierra a dos personas de profesión y nacionalidad bien distintas. Te supongo enterada de cuál será nuestra

misión.

—Lo estoy —repuso Juanita—. Uno de esos Custodios me lo ha explicado todo... o casi todo. Bueno, la verdad es que si no nos volvemos locos ahora es porque tenemos un sistema nervioso a prueba de bomba. Yo he visto ya tantas cosas en tan corto espacio de tiempo que me estoy acostumbrando a no asombrarme de nada. ¿Y tú?

—A mí me ocurre poco más o menos igual. Posiblemente esto sea una prueba, bien palpable por cierto, de los misterios que encierra el fenómeno Vida. De todos modos, la presencia aquí de un ser de mi mundo es algo sumamente alentador. Sobre todo tratándose de un ser tan precioso como tú, Juanita.

La muchacha sonrió, sin pizca de rubor, y dijo:

—Tú tampoco estás mal, Denis. ¿No has dicho que te llamas así? Además, hablas mi idioma casi como un nativo.

—Lo aprendí en la Universidad y luego lo practiqué mucho con una novia española que tuve.

—¿Que tuviste? Observo que hablas en pretérito.

—Así es —le sonreí—. Se llamaba Margarita y me dejó plantado para largarse con un magnate de la industria alemana. Creo que no perdí gran cosa. Desde entonces el único trato que he tenido con mujeres, un trato continuo por cierto, ha sido el relacionado con mi profesión de ginecólogo.

Juanita sonrió a su vez y me miró de frente. Parecía sentirse más tranquila que yo. Dijo:

—¿Me permites una pregunta intempestiva?

—Hazla.

—Pues ahí va: ¿Es verdad que los ginecólogos acaban detestando a las mujeres?

—¡Qué tontería! —contesté rápidamente—. Ésa es una especie completamente absurda, un tópico vulgar. Prueba de ello es que todos los ginecólogos, o casi todos, se casan cuando encuentran una media naranja que les gusta, naturalmente. —Hice una pausa y señalé la litera—. ¿Qué te parece si nos sentamos mientras cambiamos impresiones y vuelven a visitarnos los Custodios para darnos más detalles sobre lo que va a ser nuestra misión?

Juanita asintió.

—Me parece una buena idea.

Después de sentarnos, ella preguntó:

—¿Cómo te llegó a ti el mensaje, Denis? Porque supongo que te enviaron un mensaje a la Tierra pidiéndote que buscaras la llave.

—En efecto. El mensaje me llegó a través de ondas ultracromosómicas anidadas en dos mujeres estériles. Un medio muy apropiado de comunicarse con un ginecólogo. Al principio creí que iba a volverme loco. Después de visitar y reconocer a la segunda mujer detuve mi coche en la carretera de Malinas a Lovaina y me apeé para refrescar un poco las ideas. Entonces, mientras contemplaba las estrellas, vi una luz vivísima, cegadora, y perdí el conocimiento. Cuando lo recobré me encontré aquí. Eso es todo. Y a ti ¿cómo te llegó el mensaje?

—Pues... también de una forma rara. Soy aficionada a la pesca submarina, ¿sabes? Los domingos suelo practicar mucho este deporte. Me apasiona el mundo del mar, su flora y, sobre todo, su fauna. Pues bien, un día, cuando más tranquila me hallaba buceando en una zona del mar cuyos peces y demás animales marinos conocía de memoria, vi un pez enorme que pasaba a poca distancia de mí. Era un pez de especie desconocida y en uno de sus costados se leía en letras fosforescentes: «Busca la llave». Al principio supuse que se trataba de un slogan publicitario para submarinistas o de una broma, pero recordé una vieja canción española, cuyo estribillo dice que «las llaves están en el fondo del mar». Pero a los pocos minutos vi que no era broma. Un pez mayor que el primero pasó por delante de mí y en él se leía: «Busca la llave y salva la Tierra». Entonces, cuando me disponía a emerger un tanto inquieta por todo aquello, me vi atacada por un pulpo gigante. Yo no llevaba mi rifle submarino, pues aquel día sólo había salido a bucear un rato y, como te dije antes, la zona no encerraba ningún peligro. Fueron unos momentos de verdadera angustia. Tuve que defenderme con las manos. Soy fuerte y nado bien, pero de nada me servía. El pulpo me aprisionaba cada vez con mayor fuerza entre sus tentáculos y, cuando me veía a punto de perecer, perdí el conocimiento. Y al recobrarlo me encontré aquí. Poco más o menos lo que te ocurrió a ti, pero con la diferencia de que yo pasé mucho más miedo que tú.

—¿Y después no te han hecho ver a ti misma a través de una pantalla?

—Sí. Me he visto luchar contra el pulpo y vencerlo de una forma asombrosa... ¡Aplastándole la cabeza con las manos! No sé, Denis. —La voz de Juanita cobró un tono de honda gravedad—: Yo creo que esto ha de ser forzosamente un sueño, un sueño con visos de realidad. No puede ser otra cosa. A lo mejor estamos drogados sin saberlo, o todo esto es una experiencia extraña a la que nos han sometido seres de nuestro mismo planeta. Estos Custodios... ¡son hombres normales!

—No lo creas. Hay algo en ellos, al menos en el que yo he visto, que los diferencia de nosotros. No sé por qué, pero tengo la impresión de que todos ellos son iguales en su aspecto físico. Son seres perfectos que han

llegado a dominar todas las dimensiones del tiempo y del espacio, y casi de la Vida misma. No, Juanita, no estamos soñando. Nuestra situación, por absurda que parezca, es perfectamente real. Estamos despiertos. Y nuestros dobles, en la Tierra, también deberán estarlo..., aunque es posible que allí sea de noche en estos momentos y se hallen entregados al sueño. Hemos de rendirnos a la evidencia. Se nos prepara una gran aventura, ¿Estás dispuesta a emprenderla?



Juanita respondió sin vacilar:

—Yo sí. ¿Y tú?

—Yo también —suspiré —. A ver qué remedio nos queda.

—Oye, Denis, el Custodio me dijo que yo había sido elegida porque así estaba escrito en el Libro. ¿A ti también te dijeron eso?

—Sí.

—¿Y no tienes idea de lo que puede ser ese libro o de quién lo escribió?

—En absoluto. ¡Cualquiera penetra en los secretos de esta gente! No, muchacha; exceptuando lo que ellos mismos nos han revelado, puede decirse que estamos completamente a oscuras. Sólo sabemos que la Tierra está amenazada por un grave peligro y que nosotros tenemos que salvarla buscando una llave.

—Que es, poco más o menos, como si no supiéramos nada. Ignoramos en qué consiste ese peligro e ignoramos igualmente a qué llave se refieren. Y qué podríamos hacer con esa llave en el caso problemático de que lográsemos encontrarla.

Me quedé mirando a Juanita con gesto pensativo. La joven acababa de expresarse con absoluta claridad y sus palabras resumían la situación tal cual era. Dije:

—Tengo el presentimiento de que en nuestra misión, aventura o como queramos llamarla tendremos que emplear la inteligencia mucho más que la fuerza.

—¿En qué te basas para creerlo así?

Dejé que la pregunta de Juanita revoloteara un instante por la pieza antes de dispararle una respuesta.

—Pues en que... ¡Me parece que ya lo tengo! ¿A ti te gusta resolver crucigramas, jeroglíficos y problemas difíciles?

Ella me miró con cierta extrañeza.

—Pues sí —respondió—. Siempre me apasionaron los enigmas, y

cuanto más difíciles, mejor. A veces me he entretenido en sacar los logogrifos aquellos que escribían los hombres en la Edad Media. Es un juego muy divertido. Pero dime, ¿por qué me preguntas eso?

—Sencillamente porque puede que sea ése el motivo por el cual nos han elegido a ti y a mí para esta misión. Bueno, ese motivo y otros que nosotros quizá ni lleguemos a sospechar, porque supongo que en la Tierra debe de haber millones de hombres y de mujeres aficionados a los enigmas.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con la misión que piensan encomendarnos?

—Tal vez mucho más de lo que suponemos. Lo de encontrar, mejor dicho, lo de imaginar dónde está esa llave, no me cabe duda de que es cosa de astucia y de que nuestra sagacidad ha de desempeñar un papel muy importante en ello. Luego, es posible que haya que utilizar la fuerza. Porque es evidente que, una vez hayamos encontrado esa condenada llave, sabremos también cómo y para qué debemos usarla.

—Quizá tengas razón —replicó Juanita. Y luego, con expresión dudosa, añadió—: ¿Qué pasaría si, después de encontrar la llave, seguimos tan a oscuras como ahora?

—Entonces volveremos a emplear la inteligencia, y si al fin no sacamos nada en claro, volveremos aquí con ella, si podemos, y se la romperemos en la crisma al primer Custodio que nos salga al paso, ¡qué diablos!

Un ligero carraspeo nos hizo volver la cabeza.

Y comprobamos que los Custodios del Universo sabían carraspear tan bien como cualquier terrícola.

Yo imagino que lo del carraspeo fue una réplica a mi absurda amenaza de atizarle a uno de ellos con la llave en la testa.

Igualmente comprobamos que eran galantes, pues el Custodio que teníamos ahora delante de nosotros —ignoro si era el que se había entrevistado ya conmigo u otro exactamente igual—se nos dirigió en español, que era el idioma de Juanita. O quizá lo hizo porque nos sorprendió hablando en ese idioma.

—Es de suponer que ya habréis cambiado impresiones —dijo—. En ese caso, os vamos a poner inmediatamente en órbita. ¿No así como se dice en la Tierra? Acompañadme. A partir de este momento, el tiempo será vuestro más implacable enemigo.

Lo que faltaba. Por lo visto, la nuestra iba a ser una especie de misión contra reloj.

Seguimos al Custodio a través de la pared, pero antes de llegar a ella, Juanita se detuvo un momento, alarmada, y cerró los ojos.

Yo, ni corto ni perezoso, aproveché la ocasión para tomarla por el brazo, como se hace con los invidentes al cruzar una acera, y le susurré:

—No temas. Esta pared es como si fuera de niebla. Y cuando estuvimos a otro lado:

—Ya puedes abrir los ojos.

Juanita obedeció y tendió la vista en torno suyo; pero yo, haciéndome el despistado, no le solté el brazo. Su contacto cálido y humano, en aquel mundo extraño, ponía seguridad en mi ánimo. E igualmente debía ocurrirle a ella.

Se me ocurrió preguntarme a mí mismo si el Custodio que caminaba ligeramente delante de nosotros, con su ceñido traje de escamas o lentejuelas, se habría dado cuenta de lo imponente que estaba aquella mujer. Aunque en seguida pensé que para ellos, si tenían mujeres y no se reproducían por generación espontánea, estas mujeres no serían precisamente adefesios, habida cuenta del alto grado de perfección que habían alcanzado.

Juanita no parecía tan maravillada por lo que estaba viendo como yo lo había estado poco antes, lo cual demostraba que su poder de adaptación era superior al mío o que en sus aventuras como submarinista había visto tantas cosas raras que lo de ahora no le parecía ninguna cosa del otro jueves.

Como si hubiera adivinado lo que yo estaba pensando, ella dijo:

—Estos árboles son verdaderamente bonitos, pero yo los he visto más bellos aún en el fondo del mar. Además, estos árboles no hacen más que reflejar la atmósfera que los envuelve. ¿No te das cuenta de que el aire tiene una transparencia completamente azul?

Yo le dije que sí, aunque a mi juicio de daltónico aquel azul debía ser muy particular porque yo no lo notaba y, sin embargo, el azul de los árboles sí que lo veía perfectamente.

Pero cualquiera se ponía a discutir con una experta en colores como parecía serlo Juanita Martínez.

El Custodio nos condujo a una explanada que se iniciaba donde terminaban los árboles. En la explanada no había edificios cónicos ni señal alguna de vida. Era tersa como el resto del suelo y parecía inacabable, envuelta en aquella atmósfera translúcida.

En ella había solamente un objeto: un objeto bastante raro.

A primera vista tenía la vaga apariencia de un sombrero, con dos salientes largos y combos en la base que hubieran podido tomarse por las alas de la citada prenda. La parte superior ofrecía una especie de hendidura, que también se hubiese podido tomar por las que les hace cierta clase de

gente a los sombreros en la copa golpeándolos en sentido longitudinal con el canto de la mano.

El Custodio se detuvo a escasa distancia del objeto y lo señaló con la mano.

—He ahí vuestra nave espacial —dijo—. Dentro hallaréis todo lo necesario. Trajes de vacío, cinturones antigravitatorios, armas de luz estelar..., todo. El material de que está construida la nave es irrompible y jamás podría desintegrarse, incluso viajando a velocidades infinitamente superiores a las de la luz. Sólo me resta daros un consejo; utilizad las armas cuando no tengáis más remedio que hacerlo. Eso es todo. Podéis subir y emprender el viaje.

Juanita y yo estábamos atónitos.

Aquello no era, ni con mucho, lo que habíamos esperado. Pero no tuve tiempo de exponer mis quejas. El Custodio se me adelantó:

—Ya sé lo que vas a decirme: que no disponéis de elementos suficientes para lanzaros a la gran aventura, que ignoráis vuestro punto de destino, que no tenéis la menor idea sobre dónde encontrar la llave y sobre qué hacer con ella. ¿Es eso lo que ibas a decir, Denis Mafrans?

—Sí, eso —balbucí con más cólera que asombro —. Eso o algo por el estilo. ¿Pero es que estáis locos, por muy perfectos que seáis, para empujarnos, completamente a ciegas, a una aventura semejante? ¡Es absurdo! Esta mujer y yo no somos pilotos espaciales. Vosotros... — me volví a Juanita, cada vez más furioso—. ¡Vamos, di algo! Tú también tienes que subir a ese trasto. ¿Acaso crees que podemos lanzarnos al espacio de forma tan descabellada, sin saber lo que buscamos ni adonde iremos a parar?

Yo no había soltado el brazo de Juanita, y ahora, en mi excitación, la sacudía sin mucha delicadeza.

Pero ella, con una calma realmente asombrosa, puso una mano sobre la que yo tenía crispada en torno a su brazo, como si con ello pretendiera tranquilizarme.

—No te excites, Denis —dijo con una sonrisa animosa—. Lo que tenga que suceder, sucederá irremediablemente. Además, no tienes razón al decir que no sabemos lo que buscamos. Lo que no sabemos es dónde hallarlo. No debemos ponernos nerviosos antes de tiempo. Tal vez, para empezar, es posible que el manejo de esa nave no sea tan difícil como tú crees.

El Custodio, a quien mi exabrupto de antes no le había causado el menor efecto, asintió.

—No, no es difícil en absoluto. Esa nave está equipada con un piloto

automático, de manera que basta sólo con señalar el rumbo o destino deseados en el panel de control. Lo demás se hace todo mediante los circuitos fotoeléctricos de que está provisto el piloto. La fuerza propulsora de la nave, a base de energía cósmica, es inagotable. Una vez en el espacio sideral, podréis viajar a velocidades inimaginables para vosotros e ir de una Galaxia a otra en un espacio de tiempo increíblemente corto. Y todo ello sin temor a chocar contra ningún cuerpo celeste debido a su perfecto sistema de radar. Entre las piezas de vuestro equipo encontraréis también dos medallones que os colgaréis al cuello. Son dos equipos en miniatura de traducción simultánea, capaces de interpretar todos los lenguajes del Universo.

Después de largarnos esta parrafada el Custodio rió abiertamente, como si algo le divirtiera.

A mí, la verdad, aquella risa no me hizo ninguna gracia. Pero sin darme tiempo a replicar, el Custodio tomó de nuevo la palabra:

—Me río de ti, Denis Mafrans, de tus temores de hombre cuya causa no dejo de comprender. Pero es curioso... En el Libro dice que sería el Hombre y no la Mujer quien manifestase temor ante la gran aventura. Y la predicción no ha fallado. Bueno, a decir verdad, no podía fallar. El espíritu de sacrificio de que siempre dio pruebas la mujer a lo largo de vuestra Historia se revela una vez más.

Como si ya lo hubiera dicho todo, el Custodio efectuó una ligera inclinación de cabeza y se alejó sin decirnos siquiera adiós ni desearnos buena suerte.

Entonces me volví a Juanita y sentí unas ganas tremendas de reír.

Pero me las contuve.

Una risa a carcajadas, en aquellas circunstancias, hubiera tenido todos los visos de un ataque de mieditis.

Y el detalle no se le habría escapado a Juanita.

De manera que me aguanté las ganas de reír sin ningún esfuerzo porque, en realidad, eran completamente falsas, originadas por los comentarios irónicos del Custodio.

Yo sé que tenía razón en todo aquello del espíritu de sacrificio en la mujer, pero a uno no le gusta que le digan las cuatro verdades del barquero en plena cara, por muy Custodio del Universo que sea quien lo haga.

Así, pues, haciendo de tripas corazón, señalé la nave en forma de sombrero y dije con un tono de voz muy convincente:

—Juanita..., te invito a dar un paseo por el Universo.

CAPÍTULO V

—¿Qué te parezco, Denis?

Embutida en su traje espacial, Juanita estaba mucho mejor que con su equipo de submarinista. El tejido escamoso se adhería a su cuerpo turbador como una piel superpuesta. Mirándola noté un raro cosquilleo en la médula.

—Estás como un meteorito, muchacha —respondí con toda franqueza —. Antes se decía como un tren, pero eso ya pasó de moda.

Juanita rió alegremente y me miró de pies a cabeza.

—Pues tú debes estar como un asteroide —dijo, asomando por primera vez a su rostro la grana del rubor—. Con tantos músculos y esa anchura de hombros... ¿Has practicado algún deporte?

—Sí, fui campeón universitario de boxeo. Después he procurado conservar la línea. Pero dejémonos de cumplidos y vayamos al grano. En primer lugar, se trata de estudiar el funcionamiento de esta nave. El Custodio nos dijo que no era difícil. Veamos...

Nos acercamos los dos al panel de control.

El piloto automático no era una especie de robot, ni mucho menos, sino un minúsculo aparato de cibernética, un cerebro electrónico provisto de un teclado universal como el de cualquier máquina de escribir.

Juanita dijo:

—Yo creo que debe bastar con escribir aquí el nombre del sitio adonde queremos dirigirnos y poner luego la nave en marcha. ¡Mira! Los botones de arranque y de paro, como asimismo los de aceleración y deceleración, tienen las indicaciones en español.

—Sí, ya lo veo —repliqué—. Todo estaba previsto. Ellos debían saber que yo conocía tu idioma. ¿Habrá algo que no sepan esos Custodios?

—Claro que hay algo que no saben —dijo Juanita al instante —. No saben lo más importante de todo, que es el lugar donde se encuentra la famosa llave.

—O no han querido decírnoslo, que no es igual. Juanita movió la cabeza lentamente en señal de desaprobación.

—No lo creo así, Denis. La sinceridad de esos seres no puede ser más elocuente. Nos han ayudado hasta el máximo. Pero ellos deben estar

gobernados por otra fuerza mucho más poderosa que la suya. Por otra parte, para darnos el trabajo hecho, ellos mismos hubieran podido realizarlo. Reconozco que nos han dejado la parte más difícil, pero también es verdad que han puesto a nuestro alcance medios con los que nunca hubiéramos podido soñar. Encontraremos esa llave, Denis. No sé dónde está ni para qué ha de servirnos, pero daremos con ella. Para eso nos han traído aquí.

—Me gustaría compartir tu optimismo, muchacha —comenté con tristeza—. Pero yo soy de una raza muy distinta a la tuya. Los flamencos somos gente realista, no soñadores, y sabemos hasta dónde puede llegar un ser humano en su lucha contra el destino o la adversidad. Vosotros, en cambio...

—¡Déjate de destinos y adversidades! —me atajó ella con energía —. ¡Vaya pesimismo el tuyo! Además, está visto que no te has parado a considerar bien los hechos. ¿No te parece algo increíble, milagroso, el medio que emplearon los Custodios para comunicarse con nosotros y, lo que es mejor aún, para traernos aquí? Pues bien, del mismo modo que han tenido lugar esos... llamémosles «milagros» científicos, también puede realizarse el milagro, científico o no, de que tú y yo llevemos a cabo nuestra misión. ¿Qué dices?

Me la quedé mirando con cara de tonto.

—¿Que qué te digo? —suspiré—. Pues... simplemente que eres un encanto de criatura y que no creo que exista una compañera más ideal para un médico ginecólogo metido a astronauta.

Por curioso que pudiera parecerme —nos encontrábamos en el siglo xxi—, Juanita volvió a sonrojarse.

—Vamos —dijo—, no me des más coba y terminemos de estudiar el funcionamiento de la nave.

Pero no quedaba mucho por estudiar, exceptuando otro pequeño panel vertical adosado a la pared de la cabina, en el que se veían botones numerados del 1 al 1.000. Encima había algo dibujado que tenía todas las características de un proyectil, y además un visor de tiro y un selector de objetivo.

La nave sólo contaba con otro apartamento, además de la cabina, donde había dos literas suspendidas, pistolas y rifles de luz estelar, escafandras y demás pertrechos para viajes espaciales. Respondiendo a la mirada de extrañeza de Juanita, dije:

—Los proyectiles deben de estar en un depósito en el techo o bajo el piso de la nave. En caso de necesidad, sólo tendremos que mover el visor hasta encontrar el ángulo de tiro y oprimir uno de los botones.

Juanita asintió.

—Bien —dijo—. Me parece que no nos queda nada más por investigar. Pero ¿qué hacemos ahora? ¿Qué rumbo tomamos? Creo que ha llegado el momento de estrujarnos la mollera, Denis.

—Antes será conveniente que nos coloquemos esos medallones con el equipo de traducción simultánea. De lo contrario, si recibiésemos un mensaje no sabríamos interpretarlo.

Después de colgarnos al cuello un medallón cada uno tomamos asiento en las literas suspendidas y seguimos el consejo de Juanita. Era preciso cavilar. Aun cuando el Custodio dijo que el tiempo iba a ser nuestro peor enemigo, tampoco podíamos emprender la marcha sin rumbo fijo.

Pero yo, por más vueltas que le daba a la cabeza, no concebía ninguna idea lo bastante decente como para ponerla en práctica. Buscar una llave en el Universo era, poco más o menos, más bien más que menos, como buscar la famosa aguja en el pajar. No obstante, cuando los Custodios nos embarcaron en aquella aventura era porque existía una posibilidad de llevarla a buen término. Caso contrario, se hubieran cruzado de brazos, sin tomarse la molestia de traernos de la Tierra hasta Arcano Uno, y dejando que el diablo se llevara a nuestro viejo planeta.

Juanita exclamó de pronto, cortando el hilo de mis pensamientos:

—¡Eureka!

Me volví y la miré con el ceño fruncido, preguntándome momentáneamente a quién habría llamado por aquel nombre, pero en seguida recordé el tan cacareado término de Arquímedes. Y debo confesar que, en una ocasión como aquella, la palabreja en griego me gustó una barbaridad.

—¿Vas a decirme que has dado con la solución, Juanita?

El rostro de la joven expresaba un júbilo inmenso, como si de veras hubiese hecho un gran descubrimiento.

—Hombre, tanto como dar con la solución... He empleado esa palabra porque me gusta. Pero una buena idea sí que se me ha ocurrido. Oye, Denis, ¿tú entiendes de astronomía?

—Un poco. En mi carrera no hay que estudiar mucho esa ciencia. Pero he leído algunas revistas de divulgación científica con motivo de los más recientes descubrimientos en la materia. Eso es todo.

—¿Y no recuerdas nada que asocie la palabra llave con un planeta o algo así? Haz memoria.

Me quedé unos instantes pensativo. Y de pronto recordé.

—¡Sí! Pero no se trata de un planeta, sino de una constelación. Fue descubierta no hace mucho por el astrónomo ruso Vladimir Poliaveh. ¡La constelación de la Llave! Se encuentra entre las últimas Galaxias del Universo, es decir, en los límites hasta donde alcanzan los más modernos telescopios de nuestro planeta. Pero ¿tú crees...?

—Yo no creo nada, Denis. Me limito a exponerte la única idea que se me ocurre. ¿Se te ocurre a ti algo mejor?

De repente, sin saber por qué, me sentí contagiado por el júbilo de la muchacha que, dicho sea de paso, había comenzado a ensombrecerse ante la reserva con que acogí su idea.

—No lo pensemos más —dije, levantándome—. Vamos a la constelación de la Llave y que Dios nos eche una mano. ¿Tú estás dispuesta, muchacha?

—¡Ya lo creo!

—Pues adelante.

Nos acercamos al panel de control.

Con todo, al inclinarme sobre el piloto automático tuve una ligera vacilación y me volví.

Juanita se había inclinado a su vez sobre mi hombro y, al volverme, nuestros rostros quedaron muy juntos.

El cúmulo de emociones que sumaban la proximidad palpitante de la joven, con su cuerpo cimbreño y sus labios entreabiertos, y la expectación del momento, me puso el corazón a ciento veinte latidos por minuto, como si estuviera llegando al sprint de una carrera pedestre. Respiré hondo.

—Como tú dijiste hace unos minutos, Juanita, también a mí lo único que se me ocurre es escribir las palabras «Constelación la Llave» en el teclado del piloto y pulsar luego el botón de arranque.

Vi que la muchacha también respiraba hondo, pasado aquel peligro momentáneo, y asentía.

—Inténtalo.

Lo intenté.

Apenas levanté el dedo de la tecla marcada con la letra «E» y pulsé el botón de arranque, notamos una suave vibración y la nave espacial se puso en movimiento.

Todo cambió de súbito.

La clara atmósfera de Arcano Uno dejó de filtrarse por las paredes transparentes de la nave y fue sustituida por una negrura total, absoluta.

Pero dentro de la nave seguía reinando aquella luminiscencia que habíamos visto en los edificios cónicos y que sin duda era generada por el material de que estaban construidas las paredes.

La vibración cesó de repente y entonces se encendió la pantalla estrecha y alargada, en la cual no habíamos reparado antes, situada encima del panel de control. En ella empezaron a aparecer cifras astronómicas en millones de kilómetros y en continua sucesión, pero con tanta rapidez que ni el ojo humano más sagaz hubiera podido seguirlas.

En aquel momento sonó a mis espaldas la voz de Juanita, quien parecía impresionada por primera vez.

—¿A qué velocidad viajamos, Denis?

—Pues... no tengo la menor idea —respondí—. ¡Cualquiera sigue las cifras que van apareciendo en esa pantalla! Vale más no romperse la cabeza tratando de comprobarlo. Lo que de veras no entiendo es cómo podemos viajar a mayor velocidad que la luz sin que la masa de la nave se haga infinita. Según la teoría de...

Juanita me interrumpió con un gesto.

—Déjate de teorías. Ante esta experiencia que estamos viviendo, todas las teorías humanas fracasan estrepitosamente. ¿Quieres algo más incomprensible que el desdoblamiento de personalidad a que estamos sometidos tú y yo? Y si no quieres eso, toma el problema de nuestra subsistencia. Ni tú ni yo hemos vuelto a tener hambre o sed.

Tuve que darle la razón una vez más.

—Los hombres —añadió Juanita —siempre queréis descubrir el porqué de las cosas sin dar margen a lo irreal, a lo sobrenatural. ¿Tú eres creyente?

—Sí. De niño me enseñaron a creer en Dios.

—Bueno, pues tanto si eres creyente porque te enseñaron como si lo eres por convicción propia, no me negarás que todo cuanto nos ocurre, comparado con el poder de Dios, es mucho más sencillo que sumar dos y dos. No quiero decirte que estemos viviendo un milagro, sino una aventura producto de una ciencia superdesarrollada o, mejor aún, de la fantasía de esta ciencia. Y creo que vale más no buscarle tres pies al gato y dejarnos llevar por la marcha de los acontecimientos. Hasta ahora no tenemos ningún motivo de queja.

—Eso es verdad.

—Y nos lo han venido dando todo hecho. Si seguimos así, tengo la impresión de que, sea cual sea nuestro cometido, no vamos a sudar mucho.

—¡Quién sabe! A lo mejor, cuando llegue el momento, las sudaremos

todas juntas.

Mi pronóstico se cumplió al pie de la letra.

CAPÍTULO VI

El aterrizaje se produjo sin que nos diéramos cuenta.

No quiero decir que me sorprendí, porque ya estaba curado de sorpresas, pero debo señalar que el hecho volvió a parecerme inexplicable, como casi todo lo que me había estado sucediendo hasta entonces.

Yo no entiendo ni jota de astronáutica, pero me consta que existen los fenómenos elementales de aceleración, deceleración, ingravidez, etc.

Pero nosotros no experimentamos nada de eso.

Nos dimos cuenta de que la pantalla estrecha y alargada que servía de «cuenta-millones-de-kilómetros» estaba en blanco. Y de que, repentinamente, la oscuridad exterior se había transformado en una atmósfera clara, de un color que a mí, particularmente, se me antojó azulado.

Juanita y yo nos miramos con mutuo asombro.

—Bueno —comentó ella —. Se diría que hemos llegado.

Yo no estaba seguro de nada, y así lo manifesté.

—Será mejor que nos cercioremos primero. Creo que ha llegado el momento de que tengamos que valemos por nuestros propios medios, y en modo alguno podemos permitirnos el lujo de dar un paso en falso.

Juanita asintió en silencio.

Acto seguido nos acercamos a las paredes transparentes de la nave y, en efecto, comprobamos que ésta se había posado en un páramo de superficie ondulada y accidentado por la presencia de algunas moles lejanas que debían ser colinas o montañas de poca elevación.

Por el momento, nada de cuanto se veía a través de las paredes tenía apariencia de extraordinario, ni siquiera de sorprendente, y mucho menos de amedrentador.

—¿Será respirable la atmósfera de este planeta? —preguntó Juanita como si hablara consigo misma.

Me encogí de hombros.

La única forma de comprobarlo será abrir la compuerta de vacío —respondí—. Y me inclino a creer que lo es. Recuerda que los Custodios nos han provisto de todo menos de escafandras y botellas de oxígeno. Eso

demuestra, sencillamente, que no hemos de necesitarlas en ningún momento.

Juanita rió de buena gana.

—Observo que empiezas a tener fe en los Custodios, ¿eh?

—Nunca he dicho que dejara de tenerla. Lo que me fastidia es tener que actuar casi a ciegas. De lo que no me cabe duda es de que estamos en un planeta de la constelación de la Llave. No podría ser de otro modo.

Dicho esto, pulsé el botón de la compuerta de vacío y en una de las paredes laterales de la nave apareció una abertura a la medida de una persona de talla elevada. Por la abertura penetró una bocanada de aire fresco, como el que hubiera podido respirarse en cualquier punto de nuestro planeta.

—Buen auspicio —comentó Juanita—. De momento contamos con el aire para respirar. ¿Tomamos nuestras armas antes de aventurarnos fuera de la nave?

—Eso, por descontado. Es muy posible que nos hagan falta. Aunque el Custodio nos dijo que sólo deberíamos utilizarlas en casos de verdadera necesidad, es conveniente ir preparados. Para eso nos las dieron.

Después de colgarnos del hombro los rifles de luz estelar y las pistolas al cinto, Juanita y yo nos encomendamos a Dios y nos dispusimos a dar nuestros primeros pasos fuera de la nave.

Unos pasos cortos y vacilantes, como los niños que sueltan por primera vez de la mano de su madre en un sitio desconocido para ellos.

Juanita se volvió para echar una mirada en torno suyo y la vi quedarse con la boca abierta y los ojos muy abiertos.

—¡Denis, mira!

Yo también me volví, sacando la pistola de la funda con toda la rapidez que me fue posible, y no vi absolutamente nada... por desgracia.

¡La nave había desaparecido!

Mi estupor corrió parejo con el de Juanita. No podía ser. La nave tenía que estar allí, casi al alcance de nuestra mano, por cuanto apenas nos habíamos alejado dos o tres pasos.

Pero no había nada. Sólo aquella superficie ondulada, rugosa bajo nuestros pies como la piel de un animal antediluviano.

De la nave, ni rastro.

—¡Es inconcebible! —exclamó Juanita horrorizada.

Yo estaba como atontado y no se me ocurría nada ante aquel fenómeno inexplicable. Sólo se me ocurría pensar que estábamos más perdidos que un ratón en la boca de un gato.

Pero no tuvimos tiempo de comentar nuestro asombro, ni nuestro temor, porque en aquel preciso instante sonó una voz que no era la de Juanita ni la mía.

—¡Atención, atención! ¡Hablan los Custodios a los Hijos de la Tierra en misión por el Universo! ¡Atención!

La voz sonaba en los traductores simultáneos que Juanita y yo llevábamos colgados del cuello. Tomé el pequeño aparato en forma de medallón con la mano izquierda y me lo acerqué a la boca mientras con la derecha volvía a enfundar la pistola.

—Aquí, los Hijos de la Tierra. Estamos a la escucha.

—No temáis. La nave continúa en el mismo sitio donde aterrizó. Se ha vuelto invisible para evitar su localización. El traductor simultáneo tiene un dispositivo de brújula-radar que os reconducirá a la nave en el momento en que lo necesitéis. ¡Adelante!

La comunicación quedó cortada y comprendí que sería inútil tratar de restablecerla.

—¡Adelante! —repitió Juanita.

—Sí, pero ¿en qué dirección?

—Cualquiera es buena. En la Tierra todos los caminos llegan a Roma. Aquí cualquier dirección puede conducirnos a la llave. ¿No lo crees tú así, señor Pesimista?

Yo no lo creía así, ni muchísimo menos, pero hice un gesto de asentimiento.

—Pues entonces, andando —añadió ella—. Da gusto caminar por este terreno.

A ella sí que daba gusto verla andar, con su paso cadencioso y rítmico de deportista. Sus cortos cabellos azuleaban de puro negros.

Habíamos echado a andar sin rumbo fijo, guiados por el optimismo de Juanita, cuya última observación era de todo punto acertada. El terreno que pisábamos era blando, pero sin que los pies llegaran a hundirse en él, ligeramente agrietado como sucede en los campos de la Tierra con el tarquín seco después de las riadas.

De vegetación, ni rastro, ni la más ligera brizna de hierba.

Por encima de nuestras cabezas se veían dos astros que deberían ser

satélites del planeta donde nos encontrábamos, caso de que éste fuera un planeta en realidad y no otro satélite.

—A juzgar por la carencia de vegetación —dije —, esto debe ser un desierto. Pero no me cabe duda de que encontraremos aquí vida vegetal y animal. La atmósfera es respirable, y ello forzosamente ha de dar origen a la vida en cualquiera de sus aspectos.

Nos estábamos acercando a una de las colinas o montículos que vimos desde la nave cuando Juanita dijo:

—Me parece que tienes toda la razón, Denis. ¡Mira! Allí tienes un símbolo de vida.

Miré en la dirección indicada por Juanita y vi el símbolo a que se refería.

Era un pájaro que se había puesto a revolotear de súbito en torno a la colina, y aun cuando la distancia era excesiva para captar detalles, por la forma de volar tuve la impresión de que se trataba de un quiróptero.

Juanita confirmó mi suposición al decir:

—No me gusta nada ese pajarraco, Denis. Parece un murciélago.

—En eso mismo estaba yo pensando. Pero no debemos preocuparnos. Los murciélagos son pájaros ciegos y medio tontos. En mi pueblo, cuando niño, los cazábamos al caer la noche arrojando trapos negros al aire.

—Eso era en tu pueblo, pero ahora estamos en... bueno, no sé dónde estamos. Quiero decir que... ¡Mira!

No nacía falta que me lo advirtiera porque yo no había dejado de mirar en aquella dirección.

Y lo que veía, la verdad, no me gustaba ni pizca.

En torno a la colina no volaba ahora uno de aquellos pajarracos desconocidos, sino varias docenas. Se habían multiplicado en cosa de segundos; mejor dicho, era como si se reprodujeran por generación espontánea.

De súbito, cuando la banda se consideró lo bastante numerosa como para lanzarse al ataque, los pajarracos planearon un instante en el aire con sus alas en forma de M y un chillido estremecedor, espeluznante, llenó el ámbito del páramo.

Entonces se lanzaron hacia nosotros.

En vez de llevar las manos a sus armas, Juanita, instintivamente, se agarró a mi brazo con el pánico pintado en su bello semblante y en una reacción perfectamente lógica en una mujer.

—¡Vienen hacia nosotros, Denis!

—No temas, querida, nos defenderemos. Quizá baste con un par de disparos de rifle para espantar a toda esa banda de avechuchos.

La expresión de pánico en el rostro de la muchacha había sido sustituida casi inmediatamente por otra de fiereza Parecía dispuesta a luchar contra todos los peligros del Universo. Al descolgarse el rifle del hombro me dirigió una sonrisa que me produjo un agradable cosquilleo en la médula.

Los pájaros, mientras tanto, se habían acercado a nosotros a una altura de siete u ocho metros y se encontraban a una distancia de doce o quince.

Se trataba, en efecto, de quirópteros. Sus alas eran membranosas y sus cabezas de ratón, pero el tamaño de los pajarracos superaba en tres o cuatro veces a los murciélagos de la Tierra.

Yo tenía ya la culata del rifle apoyada en el hombro y el dedo en el gatillo, esperando por parte de los murciélagos un gesto agresivo que hasta ahora no se había producido.

Entonces, como puestos de común acuerdo, los pájaros chillaron nuevamente, con una especie de graznido que helaba la sangre, y se lanzaron en masa contra nosotros.

Apreté el gatillo del rifle.

Juanita, a mi lado, hizo otro tanto.

Dos relámpagos plateados brotaron de los cañones de los rifles, dos chorros de luz que seguramente hubieran bastado para desintegrar una astronave a gran distancia, pero que en la presente situación apenas surtieron efecto.

En la nube de alas membranosas que se abatía sobre nosotros aparecieron dos claros que inmediatamente volvieron a cerrarse, y por mi mente pasó la idea de que en aquella ocasión nos hubiera sido mucho más útil una antigua escopeta de caza de doble cañón con los cartuchos cargados de perdigones.

Era curioso que en pleno siglo xxi, y en un planeta alejado de la Tierra un millón de años luz, se pudiera desear una vieja escopeta de cazar perdices y preferirla a un modernísimo rifle de luz estelar.

Los aullidos de los murciélagos eran cada vez más ensordecedores. Se nos echaban encima con sus ojuelos diminutos, ciegos, y sus dientes afilados, horribles, monstruosos dentro de su pequeñez, dispuestos a devorarnos.

Volví a disparar e inmediatamente, dándole la vuelta al rifle, lo aferré

por el cañón y, utilizándolo a guisa de maza, la emprendí a golpes con los pajarracos que nos envolvían ya.

Por entre aquella nube de alas viscosas pude ver que Juanita había imitado mi acción y se batía del mismo modo, trazando molinetes con el rifle.

—¡Animo, muchacha!... —le grité—, ¡Duro con ellos!

—¡Son muchos, Denis! —me llegó su angustiada respuesta—. No podremos... ¡Ay!

Volví la cabeza, sintiendo en el rostro el contacto viscoso de un aletazo, y vi que uno de los murciélagos se había posado en un hombro de Juanita y trataba de morderle el cuello.

De un salto estuve a su lado. Agarré al quiróptero por el pescuezo con la mano izquierda y lo reventé golpeándolo furiosamente contra el suelo.

Pero comprendí que no podríamos resistir mucho tiempo la acometida de aquellos pajarracos. Algunos de ellos retrocedían para volver a la carga una y otra vez, mientras otros caían fulminados por las culatas de nuestros rifles, pero era evidente que nos vencerían por cansancio y por abrumadora superioridad numérica.

Yo había recibido ya dos mordiscos de poca importancia, uno en el hombro izquierdo y otro en el brazo derecho. Tenía el cuello encogido para evitar los mordiscos en esta parte vital del cuerpo y aconsejé a Juanita que hiciera lo mismo.

De pronto se me ocurrió una idea que podía ser luminosa o... catastrófica.

Pero inmediatamente la puse en práctica.

—¡Al suelo, Juanita! ¡Tiéndete boca abajo todo lo plana que te sea posible!

Di el ejemplo echándome de bruces y quedando con la cara pegada al suelo, junto al murciélago que había mordido a Juanita y que yo reventé con el fuerte golpetazo.

Juanita secundó mi acción en un abrir y cerrar de ojos, y quedó en la misma posición que yo, con los brazos en cruz y un gesto de extrañeza en sus pupilas dilatadas.

Y allí terminó el ataque de los pajarracos, lo que demostraba que mi idea había dado resultado.

El furioso aleteo prosiguió sobre nuestras cabezas por espacio de unos minutos, pero eso fue todo.

Poco a poco los murciélagos se fueron alejando en dirección a la colina, donde seguramente tendrían sus nidos, y en el páramo no se oyó otro ruido que el de nuestras respiraciones jadeantes por el esfuerzo y la angustia.

En el suelo yacían varios pajarracos abatidos a culatazos y el que yo golpeé asiéndolo por el pescuezo.

Juanita exhaló un hondo suspiro y dijo:

—De buena nos hemos librado, Denis. Esos bichos hubieran terminado por devorarnos a no ser por tu idea de arrojarnos al suelo. Lo que no comprendo es por qué no siguieron atacándonos después de estar tumbados y sin defendernos, por demás.

—Lo comprenderás en seguida. Yo había estudiado en alguna parte que los murciélagos son completamente ciegos, pero que poseen, no obstante, un oído finísimo y una especie de radar en la boca por el que se guían para no tropezar con ningún obstáculo. Por eso, al tumbarnos, nuestros cuerpos apenas ofrecían, masa y los murciélagos se sintieron desorientados, sin que les sirviera de nada su famoso «radar».

—Pero ¿cómo sabías si estos murciélagos eran iguales que los de la Tierra?

—No lo sabía. Únicamente lo imaginé. Los murciélagos son murciélagos en todas partes, ¿no?

—Pues anda que si te llegas a equivocar...

—Pues nada, que a estas horas seríamos dos esqueletos sin brizna de carne. O dos cuerpos con carne a los que se les hubiera succionado la sangre. ¡Cualquiera conoce las preferencias de esos bichos! Los vampiros, en Flandes, acostumbran a chupar la sangre a sus víctimas. Y de murciélagos a vampiros...

Juanita se estremeció.

—¡Basta ya, Denis! Tu sentido del humor es pésimo. En mi país se acostumbra a decir que esos animalejos son la imagen del demonio. ¿Te ha mordido alguno de esos ratones calvos, como decís los de habla francesa? ([1]).

—Sí, pero sin llegarme a la carne. Los dientes de esos pajarracos no son lo bastante fuertes como para atravesar el tejido del traje espacial.

—Lo mismo me ha ocurrido a mí. El cuello del traje me protege hasta casi debajo de las orejas. Pero, al sentir la presión de los dientes sobre el tejido, grité. Y es que, a pesar de ser profesora de cultura física, soy mujer por encima de todo.

Esto no hacía falta que lo jurara porque se le notaba de sobra a simple vista, y así lo manifesté.

Juanita se ruborizó solamente lo justo para quedar bien y preguntó acto seguido:

—¿Qué haremos ahora? En cuanto nos levantemos, esos demonios con alas nos detectarán nuevamente y volverán a la carga. Y a lo peor terminan por descubrir el truco de tirarnos al suelo. Entonces sí que estaríamos perdidos.

—Lo que me extraña —dije— es que no les atraiga la mole de la nave, pues, aunque invisible, debe erguir su masa a poca distancia de aquí.

—Tampoco les atrae ninguno de esos montículos, lo que indica que probablemente sólo les interesan los seres vivos de cualquier especie. ¡Oye, Denis, tengo una ideal

—Si es buena puedes exponerla. No vamos a pasarnos toda la vida aquí tumbados. No es que el suelo esté frío, pero nuestra postura no puede ser más molesta...

—Verás... Si logramos acercarnos a rastras a uno de esos montículos y rebasarlo, entonces podremos seguir caminando normalmente sin temor a que nos detecten. ¿Ves aquella especie de colina a la derecha? Esa misma puede servirnos. Y si después encontramos otra banda de murciélagos o... de buitres, bueno, que Dios nos eche una mano. ¿Empezamos a reptar?

Una vez más me sentí contagiado por el optimismo de Juanita y por la alegría de su sonrisa.

—Adelante, muchacha. Ya te advertí que, cuando llegara el momento de sudar, sudaríamos de una vez.

Y así fue.

Aquellos dos astros que habíamos visto poco antes debían estar llegando a su cénit porque de ellos —no podía ser de ningún otro sitio—se desprendía un calor tórrido, pegajoso, que hasta entonces no habíamos notado.

Nuestro avance era penoso, apoyando manos y rodillas en el terreno blando y ondulado, con los rifles terciados a la espalda para obtener mayor libertad de movimientos.

En un momento dado, Juanita, harta de reptar, dijo:

—Voy a tratar de incorporarme. Tal vez esos pajarracos nos hayan olvidado del todo.

Lo hizo. Pero apenas cobró la vertical, los murciélagos empezaron a revolotear nuevamente en torno a la colina de marras, dispuestos a

desencadenar un nuevo ataque.

Juanita se apresuró a echarse de bruces otra vez al tiempo que lanzaba una imprecación.

—¡Malditos pajarracos...! Nos obligarán a ir reptando hasta la colina.

—No te desanimes, muchacha. Ya queda menos. Dentro de media hora, si es que aquí el tiempo tiene significación, habremos llegado. Sólo nos faltan unos doscientos metros.

—Si es que aquí la distancia tiene significación —sonrió Juanita.

Y estaba en lo cierto.

Aquellos doscientos metros se nos antojaron dos mil.

Pero al fin llegamos y dimos la vuelta a la colina, poniéndonos en pie acto seguido para estirar los brazos y las piernas.

Ambos estábamos cansados, cubiertos de sudor a causa del calor y del esfuerzo y de la escasa porosidad del traje espacial que vestíamos.

Juanita alargó el labio inferior para soplarse una gota de sudor que danzaba en la punta de su nariz, y en aquel momento, haciendo un gesto de estupor, prorrumpió en aquella exclamación a la que yo me iba acostumbrando: —¡Mira, Denis!

Yo estaba de cara a ella y me volví en redondo, ligeramente sobresaltado.

Entonces vi lo que Juanita Martínez señalaba con el dedo.

Era una ciudad.

CAPÍTULO VII

Estaba situada a tres o cuatro kilómetros del lugar en que nos encontrábamos y en dirección completamente opuesta a la colina donde habitaban los murciélagos.

Los edificios, vistos desde aquella distancia, no parecían nada del otro jueves: bloques de pisos de tipo corriente, como se podía juzgar por los ventanales, y una torre altísima, circular, de varios cientos de metros de altura.

Dos extraños aparatos de forma triangular planeaban sobre la ciudad, a la altura de la torre, esperando seguramente la orden de aterrizar.

—Bueno, esto me da buena espina —comentó Juanita con su habitual desparpajo—. Eso es una ciudad y lo que planea en el aire son aparatos que deben estar tripulados por seres más o menos parecidos a nosotros y no como los monstruos que se ven en las películas de ciencia ficción.

—Yo no diría que son seres «más o menos» parecidos a nosotros, sino exactamente igual que tú y yo.

—¿En qué te basas para creerlo así?

—Pues sencillamente, en que si en este planeta hay una atmósfera similar a la que se respira en la Tierra, unos murciélagos como los que cazábamos en mi pueblo, sólo que más grandes, y una ciudad que a simple vista no tiene nada de particular, lo más natural es que los seres que encontremos sean también como nosotros. Más adelantados o más atrasados, pero físicamente igual a nosotros.

Juanita no tuvo nada que objetar a mi hipótesis y se encogió de hombros.

—Con todo —dijo—, entrar en la ciudad con estos atuendos y estas armas ha de resultar forzosamente sospechoso para sus habitantes. No creo que nos tomen por cazadores que regresan de una cacería. Además, hay algo que es de suma importancia: el lenguaje. ¿Cómo nos vamos a entender?

—Eso no es problema —respondí en el acto—. Para eso vamos provistos de los traductores simultáneos. Apuesto a que nos entenderemos perfectamente. E incluso estoy seguro de que encontraremos la llave.

Juanita me miró de reojo y en sus pupilas capté una expresión un tanto

asombrada. Dijo:

—¡Vaya! Veo que ahora eres tú el optimista. Menos mal. Mientras uno de los dos mantenga encendida la antorcha de la esperanza, como diría un novelista cursi, todo irá bien. Lo peor será cuando esa llama se apague definitivamente...

—Déjate de malos augurios, muchacha. ¿A qué viene ese pesimismo de golpe y porrazo? Hasta ahora, todo nos ha salido bastante bien. Tú misma lo dijiste poco antes de aterrizar aquí.

—Sí, ya lo sé; pero es que tengo un mal pensamiento. Es una sensación opresiva que no puedo desechar. A lo mejor es el calor, o el susto que he pasado con esos horribles murciélagos... no sé, no lo puedo definir con exactitud. Ojalá todo sean aprensiones mías.

—Lo son, querida —dije tiernamente, en un tono que jamás había empleado con ninguna otra mujer—. No olvides que los Custodios velan por nosotros, aunque dijeran que tendríamos que valemos por nuestros propios medios. Cuando menos, la misión que nos han asignado debe entrar en los límites de lo que es capaz un ser humano. Y el hecho de que nos hayan elegido a nosotros quizá se deba a que poseemos cualidades o virtudes o facultades que nosotros mismos hemos ignorado e ignoramos incluso ahora.

Juanita había apoyado la cabeza en mi hombro y sus cortos mechones oscuros me acariciaban la mejilla. Sentí deseos de besarla, pero me contuve. El momento tenía mucho de emocional y quizás un simple beso lo hubiera truncado. Con todo, me pregunté qué diablos me estaría pasando. ¿Me estaría enamorando? La idea me estremeció.

De pronto, Juanita sacudió la cabeza, sonrió y dijo:

—No me hagas caso, Denis; he tenido un momento de debilidad. Pero ya ha pasado.

—Es muy lógico que te ocurra eso. También yo los he tenido desde que empezó esta aventura. Después de todo, no somos más que dos seres humanos, desdoblados y perdidos en el Universo, con una misión a la espalda cuyo objetivo sólo conocemos de una manera vaga. ¡Qué! ¿Entramos en esa ciudad? A lo mejor pedimos la famosa llave al primer vecino que encontremos al paso y nos la da.

—A lo mejor. Vamos.

Echamos a andar en dirección a la ciudad.

Estaba mucho más distante de lo que habíamos supuesto al principio, dando la impresión de alejarse a medida que nosotros nos acercábamos.

Pero, naturalmente, esto debía de ser una falsa impresión debido a lo

engañoso de la llanura.

Los perfiles de la ciudad, de los edificios y, sobre todo, de la altísima torre circular, se iban haciendo cada vez más acusados, más «humanos». Y digo humanos porque no se diferenciaban apenas de los edificios de cualquier ciudad de la Tierra en cuanto a su aspecto arquitectónico.

El terreno, sin embargo, continuaba siendo rugoso, yermo, sin el menor síntoma de vegetación, un verdadero desierto pese a estar tan cerca de la ciudad y, por ende, de sus posibles moradores.

De pronto empezó a oscurecer sin que los dos astros que se veían sobre nuestras cabezas se hubieran puesto detrás de ningún ocaso.

Con la oscuridad se produjo un poderoso bajón en la temperatura y una disminución de la atmósfera respirable.

Juanita, a mi lado, se estremeció.

—¡Qué frío, Denis! —exclamó—. Es muy extraño... Hace unos segundos reinaba un calor sofocante. Además, parece como si faltara el aire para respirar.

Así era, en efecto. Se hubiera dicho que la luz, cuya fuente ignorábamos, se llevaba consigo el calor y el oxígeno que hacía respirable la atmósfera.

Los dos aparatos triangulares habían aterrizado ya, y la ciudad, de súbito, se había convertido en un ascua de luz.

—¡Corramos! —dije—. En esa ciudad viven seres que deben tener generadores de oxígeno para cuando les falte la luz que genera el calor y la atmósfera.

Juanita no respondió.

La situación volvía a cobrar caracteres inconcebibles, como tantas de las cosas que nos habían estado sucediendo hasta aquel momento preñado de angustia.

Agarrados de la mano, como dos niños amedrentados a quienes sorprende la noche en pleno bosque, Juanita y yo echamos a correr en dirección a la ciudad.

Aquello sirvió, cuando menos, para mitigar un poco el frío duro y mordiente que se había extendido por el páramo y que no parecía respetar el tejido de los trajes espaciales.

Pero el aire se acababa por momentos, y con él, nuestra resistencia física.

Juanita, en su condición de deportista en activo, mantenía mejor que yo

el ritmo de la carrera, pero la distancia que nos separaba de la ciudad era todavía considerable, y si no se producía un milagro, nos sería imposible salvarla.

Yo tenía la impresión de que el rifle y la pistola me pesaban cientos de kilos e imaginaba que a mi compañera le ocurriría otro tanto, pero cuando nuestros pulmones parecían próximos a estallar, el aire se hizo más respirable y me detuve con la lengua fuera, extenuado.

—No... no puedo más... —balbucí—. Estoy hecho puré. Me ahogo...

Juanita no parecía mucho mejor en forma que yo, pero su respiración era más acompasada.

—Vaya por Dios, Denis —jadeó—. Un poco más y... Bueno, menos mal que el aire empieza a ser otra vez respirable. Creo que tuviste razón con eso de que en la ciudad disponen de generadores de oxígeno. Cuanto más nos acercamos, más fácil nos resulta respirar. ¿Sabes una cosa? Estoy deseando llegar a esa ciudad... o lo que sea.

—También yo. Cualquier cosa es preferible a este condenado páramo donde, si no te devoran los murciélagos, te asas de calor, te hielas de frío o te asfixias por falta de aire. Vamos, ya queda poco. Y que sea lo que Dios quiera. Por si acaso, escondamos nuestros medallones debajo del traje espacial. Como son planos, no se notará que los llevamos.

Hice lo indicado y Juanita me imitó.

El breve descanso y la afluencia de nuevo oxígeno como consecuencia sin duda alguna de nuestra proximidad a la población, nos había devuelto parte de las fuerzas, por lo que seguimos caminando en la oscuridad, guiados por el resplandor que se escapaba de la ciudad iluminada.

Y al fin llegamos.

Pese a las reservas que albergábamos tanto Juanita como yo, nuestra entrada en la ciudad se caracterizó por la normalidad más absoluta. La gente que transitaba por las calles o por las aceras rodantes, vestida poco más o menos como nosotros, *exactamente igual* a nosotros en cuanto al aspecto físico, no dio muestras de reparar en nuestra presencia, como si fuéramos invisibles o como si nos tomaran por dos más de ellos. Ni siquiera el hecho de que lleváramos rifles y pistolas parecía sorprenderles.

Tampoco a nosotros, a mí al menos, me extrañó mucho el que aquellos seres fuesen como nosotros en su aspecto anatómico por cuanto la forma humana en su sentido universal era ya un hecho aceptado, aunque no plenamente comprobado. Lo más variable eran las lenguas. Ya para esto contábamos con los traductores simultáneos encerrados en los medallones.

En seguida tuvimos ocasión de comprobar su efectividad.

Un hombre de cabellos entrecanos al que se le podían calcular unos cincuenta años terrestres y que vestía un extraño maillot verde, nos abordó para comentar:

—Observo que han tenido mala caza. Ya se sabe, en esta época... Y con la fuga de la atmósfera sólo quedarán esos condenados murciélagos que no hay quien los mate.

Las palabras de aquel hombre sonaron en mis oídos, y supongo que también en los de Juanita, en un español correcto. Contesté inmediatamente sin dejar que la emoción turbara demasiado mi voz ante el inicio de aquella nueva experiencia.

—Son unos bichos repelentes. Y creo que tiene razón. No hay quien pueda con ellos.

—Poca vida les queda. En cuanto abandonemos el planeta y estalle la bomba de «irhdorl», no quedará ni rastro, no solamente de Famior, sino de todo el Sistema de la Llave. Y entonces... ¡a vivir una vida nueva! —manifestó luego el hombre.

Haciendo un gesto que seguramente equivalía a un saludo, el hombre —porque era hombre, al menos en apariencia— se alejó por una acera rodante.

La primera en hablar fue Juanita, en cuyo ánimo había más excitación que asombro.

—Ese tipo debe estar como una cabra. ¿Pero te das cuenta con qué perfección le hemos entendido? Seguro que sin los traductores, ni él ni nosotros hubiéramos entendido una palabra.

—Pues debemos procurar que no se nos estropeen. Y, por favor, no hables tan alto si no estamos completamente solos. Recuerda que ellos entenderán todo lo que digamos y que cualquier descuido bastará para que nos descubran.

Juanita hizo un gesto compungido.

—Sí, de acuerdo, pero ¿cómo vamos a salir del paso si ignoramos lo que ocurre? Ese hombre ha dicho algo sobre la explosión de una bomba de no sé qué, sobre no dejar ni rastro del planeta y sobre comenzar una vida mejor. Que me maten si lo entiendo. Nada, lo dicho, que el fulano está como una cabra.

—No lo creas, Juanita. Yo diría que sus manifestaciones tienen una relación más o menos directa con nuestra misión aquí.

—¿Tú crees?

—Casi lo aseguraría.

—Pues yo no aseguraría tanto. Según los Custodios, nosotros estamos aquí para salvar a la Tierra de una hecatombe. Y a juzgar por lo que ha dicho ese individuo, es este planeta el que volará hecho añicos, no el nuestro.

—Bueno, en eso puede que tengas razón —accedí—. Pero de todos modos... Por lo común, los peligros suelen aparejarse en el fenómeno Vida. Es algo que leí en alguna parte y que no he podido comprobar plenamente.

—Déjate de teorías y de fenómenos. La Tierra queda a un millón de años luz, ¿no? Pues si este planeta está amenazado por algún peligro, el de la bomba de... ¿cómo dijo ese tipo?

—«Irhdorl».

—Eso, «irhdorl». Bueno, si esa bomba estalla y el planeta se desintegra, no creo yo que la explosión repercuta en la Tierra. Frío, frío... Además, el buen hombre dijo algo de iniciar una vida mejor. Por lo visto, lo que piensa hacer esta gente es cometer un suicidio colectivo, un genocidio voluntario para así descansar definitivamente.

Lo dijo muy seria, pero no me cupo la menor duda de que me estaba tomando el pelo.

—Eso no lo crees, Juanita. Oye, pero... ¿de veras te has dado cuenta de nuestra situación?

Habíamos salvado la vida, cierto, al buscar oxígeno en aquella ciudad, pero la situación sólo había mejorado momentáneamente. Era lógico que tarde o temprano acabaran por descubrirnos. No teníamos domicilio, desconocíamos las costumbres, podían fallar los traductores simultáneos...

Éramos, en suma, dos extranjeros en aquel rincón del Universo, y si no nos descubrían era porque no querrían.

CAPÍTULO VIII

—¡Hurra por los cazadores!

—¿Cazadores de qué? Pero si no han matado nada...

—Han matado el tiempo. ¿Os parece poco?

—¿Matar el tiempo? ¡Ésa sí que es buena!

Las voces habían sonado con timbres distintos, evidenciando que eran cuatro las personas que hablaban, pero las cuatro carcajadas se confundieron en una sola, haciendo que Juanita y yo nos volviéramos de repente.

Dos parejas de jóvenes se acercaban a nosotros. Exceptuando sus trajes espaciales, poca o ninguna diferencia existía entre ellos y nosotros. Los dos hombres, altos, fuertes, morenos, tendrían aproximadamente mi edad. Ellas eran igualmente jóvenes, bien formadas, bonitas, una de cabellos castaños y la otra llevando su abundante mata de pelo recogida en una cola de caballo.

Los cuatro parecían alegres y contentos, como si vinieran de una fiesta o como si tuvieran una gran diversión en perspectiva.

—¿Pero es posible que se os haya ocurrido salir de caza sin equipos de oxígeno? —dijo uno de los hombres—. El páramo es muy peligroso cuando llega la noche.

—Deben proceder de un planeta alejado del Sistema —opinó una de las chicas—. Estos días están llegando muchas naves espaciales para congregarse aquí en espera de emprender el Gran Viaje.

Juanita se me adelantó y aventuró una respuesta de su propia cosecha.

—Sí, acabamos de llegar. Se nos ocurrió salir a dar una vuelta por los alrededores de la ciudad para estirar las piernas, pero sin ánimo de cazar. No nos alejamos mucho, pues también en nuestro planeta se acaba la atmósfera fuera de las ciudades cuando los astros se ponen.

«Si nos preguntan de qué planeta somos nos veremos en un buen aprieto», pensé. Pero no lo preguntaron.

—Todos los planetas del Sistema son iguales por ley física —dijo el otro joven—. Esto debe ocurrir también en los planetas de todas las constelaciones y de todas las galaxias.

—Eh, no te embales, Zharko —advirtió el primero de los hombres con

un gesto burlón—. Lo que dices demuestra claramente que no entiendes una palabra de astronomía. Dos planetas pueden pertenecer a un mismo Sistema y no tener nada en común. Uno puede estar habitado y el otro no. Uno...

—Ea, dejémonos de discusiones científicas y vamos a divertirnos —intervino la muchacha que había hablado primero—. ¿No era ésa nuestra intención?

—Y lo sigue siendo, Milka —confirmó la otra joven. Luego nos señaló a Juanita y a mí—. Espero que a nuestros amigos no les importe acompañarnos. ¿Verdad que no os importa?

No nos dieron tiempo a responder. El llamado Zharko exclamó:

—¡A divertirse han tocado!

Los dos hombres tomaron a Juanita cada uno por un brazo, ante el asombro de la muchacha, y echaron a andar en dirección a la acera rodante más próxima.

Milka y su compañera hicieron otro tanto conmigo y, de este modo, las tres parejas quedamos convertidos en dos tríos, como en una extraña partida de póquer entre gente de dos planetas, de dos constelaciones, de dos galaxias, de dos mundos distintos y separados casi por una eternidad de tiempo y espacio, y sin embargo, tan comunes, tan afines en lo concerniente al factor Vida.

Zharko, Milka y la otra pareja, cuyos nombres ignorábamos aún, hubieran podido pasar, provistos de traductores simultáneos, por dos habitantes de la Tierra del mismo modo que ellos a nosotros nos tomaban por dos de los suyos.

—Yo me llamo Nara —dijo la otra muchacha, la que se había cogido de mi brazo izquierdo—. ¿Y tú, cómo te llamas, extranjero?

Lo de extranjero no pudo por menos que parecerme gracioso. Respondí sin vacilar:

—Denis.

—Denis... —dijo Nara, como si paladease el vocablo—. ¡Qué nombre tan extraño! ¿No te suena raro a ti, Milka?

—Pues... sí, un poco —reconoció Milka—. Pero, claro, Denis es de otro planeta. Debemos tener en cuenta que en cada planeta del Sistema se habla un idioma distinto. Por lo tanto, los nombres también tienen que ser diferentes. Por eso todos llevamos traductores simultáneos. De lo contrario... ¡cualquiera se entendería!

Respiré con cierto alivio.

De modo que también ellos poseían equipos de traducción oral. No me cupo la menor duda de que serían idénticos a los nuestros y de que los llevarían ocultos bajo los trajes espaciales.

Entonces recordé a los Custodios y mentalmente les di las gracias por la gran ayuda que nos habían prestado. Ahora iba a ser un poco más difícil proceder a nuestra identificación, aunque ello no quería decir, ni con mucho, que Juanita y yo pudiéramos sentirnos seguros y dormirnos en los laureles.

Por otra parte, la súbita amistad que nos brindaban aquellos jóvenes podía servirnos de mucho para, empleando un mínimo de tacto, enterarnos de los planes de aquella gente. Por el momento, sabíamos que los habitantes del planeta pensaban volar éste con una bomba de lo que no me cabía duda era un explosivo de inconcebibles propiedades destructivas. El planeta donde nos encontrábamos, según nos dijo el tipo de cabellos canosos que nos abordó primero, se llamaba Famior, y en él, a lo que parecía, se iban a reunir todos los habitantes del Sistema para, desde allí, iniciar el Gran Viaje. ¡El Gran Viaje!

De pronto sentí un escalofrío. ¿Sería nuestro planeta, la Tierra, la meta de aquel viaje? Cabía suponerlo así, si se tenía en cuenta la advertencia de los Custodios sobre el grave peligro que corría la Tierra.

Por lo visto, aquel mundo, supercivilizado a través de miles de generaciones y de millones de años de existencia, había entrado en un período decadente, con arreglo a las leyes físicas del Universo, y estaba condenado a morir en un plazo más o menos corto. La fuga de la atmósfera así lo indicaba. Y habían elegido la Tierra, un mundo joven aún, para seguir subsistiendo sin generadores de oxígeno ni engorros por el estilo. Incluso cabía la posibilidad de que contaran con naves espaciales capaces de alcanzar la velocidad absoluta, en cuyo caso el viaje desde allí a la Tierra, sería un juego de niños.

Pero ¿dónde estaba el peligro de que nos habían hablado los Custodios del Universo?

Aquellos seres no tenían aspecto de monstruos ni muchísimo menos. Eran anatómicamente iguales a nosotros. Si pedían asilo en la Tierra, los países de nuestro planeta se lo concederían sin duda alguna. Brasil, Australia, Canadá, las colonias de Marte y Venus... Espacio sobrado para miles de millones de personas.

¿En qué consistía, pues, ese peligro?

A no ser que, valiéndose de un invento diabólico, barrieran todo vestigio de vida humana de la Tierra antes de desembarcar en ella.

Pero esto parecía absurdo, aquellos seres...

—Te has quedado muy callado, Denis —dijo Nara mirándome de reojo —. ¿Es que no te gusta nuestra compañía?

Sonreí lo mejor que pude, sustrayéndome a aquellas ideas que habían ido desfilando por mi mente excitada a una velocidad vertiginosa.

—Oh, no, en absoluto —me apresuré a responder—. Vuestra compañía me resulta gratísima. Lo que pasa es que me había distraído un momento pensando en lo importante que es el momento que se avecina. Pero, no creáis, también yo tengo unas ganas bárbaras de divertirme.

—Luego os vendréis a mi casa —dijo Milka—. Allí hay sitio de sobra para ti y para tu compañera. Así no tendréis que buscar alojamiento en las dependencias que el gobierno ha habilitado para la emigración. Tampoco tenéis que preocuparos por los trámites oficiales concernientes al viaje. Mi padre es funcionario del gobierno y podrá solucionarlo todo sin la menor dificultad.

No tuve tiempo de hacer ninguna reflexión ni comentario porque, en aquel momento, Juanita y sus acompañantes abandonaban la acera rodante y entraban en un edificio de forma hexagonal, del que brotaban los acordes de una música extraña.

Cuando hubimos entrado nosotros, nos reunimos los seis en un ángulo de la espaciosa sala donde bailaban numerosas parejas al compás de aquella música rara, cuya procedencia resultaba desconocida por el momento. Parecía música de órgano. El ritmo de la danza era lentísimo y las parejas daban la impresión de no moverse en la pista lisa y brillante.

«Como en un baile de trajes espaciales que se celebrara en Bruselas», se me ocurrió pensar con ironía.

Aquello era absurdo a más no poder. O quizá no, quizá todo fuera lógico...

Zharko dijo:

—Podéis dejar los rifles en un rincón mientras bailamos. Yo recabo el honor de bailar con la extranjera. Los demás, arreglaos como podáis.

Hicimos lo indicado por Zharko, pues bailar con los rifles terciados a la espalda hubiera sido ya el colmo del absurdo.

Yo me puse a bailar con Nara, tal vez porque era de las dos muchachas la que estaba más cerca de mí, y Milka bailó con el otro joven que resultó llamarse Galmor.

Aquello era lo que se dice dejarse llevar por el curso de los acontecimientos, cerrando los ojos a la realidad. Pero, de momento, nada mejor podíamos hacer.

Los compases de la música eran de una lentitud tan asombrosa que danzar no ofrecía ninguna dificultad, incluso para mí, que jamás fui un gran aficionado a este género de diversión.

Cada vez que me cruzaba con Juanita en aquel despacioso evolucionar sobre la pista, veía sus ojos clavados en los míos por encima del hombro de Zharko en muda interrogación, como preguntándose o preguntándome a mí si habíamos venido a Famior a bailar.

A mí me hubiese gustado decirle que no, que todo aquello, por absurdo que pudiese parecer, formaba parte de un esquema trazado muy de antemano y estaba estrechamente relacionado con la misión que debíamos desempeñar... Y en aquel momento...

La música cesó de repente y una voz de tono metálico se dejó oír por todo el ámbito de la sala:

—¡Atención, atención! Se ruega a todos los extranjeros llegados últimamente a Famior se apersonen con urgencia en la Torre Circular para ser vacunados contra el virus H. Es un ruego de la Jefatura de Salubridad. Repetimos...

Zharko, que no había apartado los brazos del talle de Juanita, los separó ahora con expresión desolada. Le oí decir:

—Ya nos han aguado la fiesta esos estúpidos de la Salubridad. Bueno, iremos en un momento y desde allí os acompañaremos a ver los lugares típicos de la ciudad. El lago colgante es una maravilla arquitectónica.

Nara, que parecía encantada bailando conmigo, hizo un gesto de disgusto.

—A eso llamo yo ser inoportunos. Pero no tenéis más remedio que ir. Las órdenes de Salubridad, que ellos llaman «ruegos», son de lo más estricto. Los habitantes de la ciudad estamos vacunados ya contra ese virus.

Milka y Galmor se habían acercado también a nosotros sin que, al parecer, se mostraran demasiado enojados por la interrupción del baile, el cual se había reanudado después de aquel aviso lanzado por un altavoz invisible.

Yo había empezado a darme cuenta que había algo forzado en la actitud de nuestros cuatro compañeros. Pese a su juventud y a los deseos de diversión que procuraban exteriorizar, había en ellos una expresión como de cansancio, cual si fueran mucho, muchísimo más viejos de la edad que representaban. O al menos ésta era mi impresión.

Salimos los seis después de haber recuperado Juanita y yo nuestros rifles. El hecho de ir armados no tenía, por lo visto, nada de particular, por cuanto los extranjeros que llegaban de los otros planetas del Sistema,

también eran portadores de armas cortas y largas de distintos tipos.

Lo que no dejaba de extrañarme era la absoluta carencia de tráfico rodado en las calles. Ni un solo vehículo de ninguna clase. En la ciudad profusamente iluminada, todo eran peatones que caminaban por las calzadas o que subían a las aceras rodantes para no tener que caminar.

Juanita se las había arreglado para situarse junto a mí, y tuve la impresión de que se hallaba inquieta, como si presintiera la amenaza de algún peligro inminente, tal vez el que podía derivarse de la vacuna contra aquel virus del que no teníamos ni idea, aunque si aquella gente se vacunaba, también podíamos hacerlo nosotros.

—Tengo miedo, Denis —me dijo en un momento en que los otros, ligeramente adelantados, no podían oírnos—. Todo esto me da muy mala espina.

—Bah, no tenemos nada que temer —intenté tranquilizarla, aun cuando ni yo mismo creía mis propias palabras—. Esto de la vacuna debe ser un requisito sin importancia. Con los traductores simultáneos y la ayuda de estos cuatro amigos que nos han caído del cielo, saldremos adelante de todas las dificultades que se nos presenten.

Poco iba a tardar en presentársenos una dificultad... ¡y de las gordas!

La Torre Circular era un edificio impresionante por su altura. Contrariamente al resto de los edificios, no tenía ventanas, aunque tampoco las necesitaba porque la pared exterior era de vidrio. Con todo, a mí me dio la sensación de una gigantesca mazmorra.

Abajo, las puertas estaban provistas de cerraduras accionadas por células fotoeléctricas, las cuales, para abrirse, sólo necesitaban que los ojos de una persona se posaran en el dispositivo de disparo. Un verdadero prodigio de adelanto, si bien yo estaba seguro de que todavía nos quedaban muchas cosas por ver.

Una vez en el interior, Milka asumió las funciones de cicerone por conocer mejor que nadie el terreno que pisábamos. Ella había entrado muchas veces allí por ser hija de un funcionario gubernamental, y los empleados que íbamos encontrando la saludaban con deferencia. Uno de ellos le dijo algo que nosotros no alcanzamos a oír. Milka se volvió a nosotros con una sonrisa.

—No sé lo que ha querido dar a entender ese hombre. Dice que todos los extranjeros, después de ser vacunados, pasarán por la prueba de la lectura. De verdad que no lo entiendo.

—Debe ser algún capricho del gobierno —comentó Zharko—. Nuestras queridas autoridades inventan cada día cosas nuevas. ¡La prueba de la lectura! Pero si hace ya muchos siglos que no existen analfabetos en

el Sistema...

Juanita me dirigió una mirada de alarma, alarma que yo compartía plenamente. Pero le hice un gesto indicándole que debía tranquilizarse, pues ahora era cuando íbamos a necesitar de toda nuestra sangre fría.

—Eso debe tener como fin —opinó Galmor— el hacer una selección de los extranjeros que van llegando. Los que mayor número de lenguas del Sistema conozcan, tendrán preferencia sobre los demás.

—Pues si lo hacen con esa intención —dijo Nora—, les felicito. Los incentivos culturales siempre fueron de mi agrado. Me gustaría conocer las siete lenguas del sistema. ¿No te ocurre a ti igual, Denis?

—Ya lo creo que sí —repuse, sorprendido—. Incluso me gustaría conocer las lenguas de otros Sistemas. Sería muy bonito poder entenderse con todo el mundo sin necesidad de este trasto.

Al decir esto me toqué el pecho por encima del medallón plano.

—Ahora que caigo —dijo Zharko—, todavía no nos habéis dicho de qué planeta procedéis.

Capté la mirada de angustia de Juanita y sentí ganas de partirle la cara a Zharko por ponernos en semejante aprieto. Ni Juanita ni yo teníamos la menor idea de cómo se llamaban los otros planetas del Sistema. Sin embargo, mientras yo sonreía con suficiencia pensando velozmente en una respuesta evasiva, Juanita se me adelantó dando pruebas de una serenidad pasmosa.

—A ver quién lo adivina primero. Nuestro planeta traza la tercera órbita excéntrica a Famior. Rápido: ¿cuál es?

Aunque la respuesta debía ser muy fácil si nuestros compañeros conocían el emplazamiento de los planetas del Sistema en torno al sol o estrella central, ninguno tuvo tiempo de contestar, porque en aquel momento nos hicieron señas de que pasáramos a una de las salas de vacunación.

—Os esperamos aquí —dijo Milka—. Recordad que estáis invitados a mi casa. La vacuna y esa prueba de la lectura debe ser cosa de unos instantes.

Sin embargo, ni Juanita ni yo volveríamos a ver nunca más a los cuatro jóvenes cuya breve amistad iba a ser el único recuerdo grato que nos quedaría de Famior.

Los trajes espaciales debían constituir una especie de locura entre la gente de aquel planeta, pues incluso los médicos y los enfermeros lo llevaban, con la única diferencia de que los suyos eran de un color más claro.

La sala en la que acabábamos de entrar era muy amplia, y en ella el personal sanitario se encargaba de vacunar a los extranjeros que iban entrando por las distintas puertas. Después, los vacunados pasaban a otras dependencias más pequeñas cuyas entradas daban a la sala principal.

No tuvimos tiempo de hacer comentario alguno antes de hallarnos junto a una de las mesas donde inmediatamente nos fue inoculada la vacuna. El sistema de vacunación consistía, simplemente, en un ligero pinchazo en la yema del dedo corazón de la mano izquierda.

Juanita me miró y se encogió de hombros, como dando a entender que para una cosa tan pequeña no valía la pena armar tanto alboroto e incluso interrumpir un baile. Pero yo, como médico, sabía que aquel procedimiento de vacunación, aunque sencillo, podía ser tan eficaz como otro cualquiera. Todo consistía en la eficacia del virus inyectado y de su reacción contra el virus a combatir.

Entonces, a un gesto del enfermero, o lo que fuera, pasamos a una de aquellas pequeñas dependencias. Tratábase de una pieza estrecha y larga, de una de cuyas paredes colgaban siete carteles de regulares dimensiones y escritos en caracteres extraños. Encima de cada cartel había un nombre igualmente indescifrable, que seguramente indicaba el nombre del planeta a que correspondía el idioma. Había, además, un tipo vestido con el inevitable traje espacial y sosteniendo en la mano derecha una varita con la que señaló los carteles. El hombre, que sin duda era un políglota conocedor de todas las lenguas del Sistema, dijo:

—Lean el cartel correspondiente al idioma de su planeta.

Juanita y yo nos miramos con expresión fatalista. Estábamos descubiertos. No teníamos la más remota noción de lo que decía en cualquiera de aquellos carteles. Los equipos de traducción simultánea sólo servían para la interpretación oral. Pero aquellos caracteres que tenían una vaga apariencia de escritura cuneiforme, ¿quién los traducía?

«De perdidos, al río», pensé, abalanzándome contra aquel tipo. Si lograba tumbarlo y salir de allí sin que nadie se diera cuenta, de momento habríamos salvado la situación. Después, Dios nos ayudaría, o quizá los Custodios.

Pero en aquella ocasión no nos ayudó nadie.

Poniendo en el puño derecho toda la dinamita de mi cuerpo, lo disparé contra el rostro del individuo de la varita y el golpe le alcanzó de lleno en el mentón. Un golpe con el cual, en los campeonatos universitarios de boxeo, había dejado K.O. a más de un peso medio.

Pero el individuo ni siquiera pestañeó. Su cabeza no se desplazó ni un centímetro, como si el puñetazo lo hubiera recibido alguien que no fuera él.

Incluso esbozó una sonrisa que tenía mucho de condescendiente, al tiempo que nos apuntaba con aquella varita que tema en la mano.

Esta vez no tuvimos tiempo de asombrarnos.

Porque, de golpe y porrazo, nos habíamos quedado completamente inmóviles, paralizados, como dos estatuas.

CAPÍTULO IX

Pero nuestros cerebros funcionaban a la perfección, con toda lucidez, por lo menos el mío, y suponía que a Juanita debía ocurrirle otro tanto.

Por eso me indigné más aún cuando el tipo de la varita se acercó a mí y me desarmó en un abrir y cerrar de ojos, haciendo luego lo propio con Juanita. Pero a ella, además de desarmarla, le acarició la barbilla, lo que demostraba que aquel tipo, aparte de pertenecer a un mundo supercivilizado y de ser un políglota, era también un carota y un aprovechón.

—Ya veis, extranjeros —dijo el tipo aquel sin la menor muestra de enfado—, lo fácil que ha sido localizaros. Voy a dar orden de que os lleven a presencia del Gran Legislador. Él es quien tiene que decidir sobre vuestra suerte. El «detector» ha dado el resultado que esperábamos de él en caso de invasión.

El políglota oprimió una tecla roja que había debajo de uno de los carteles y casi al instante aparecieron dos individuos armados con sendos tubos colgados del hombro. A mí no me cupo la menor duda de que los tubos eran armas, y me dije que si eran armas paralizantes, como la varita del políglota, a juzgar por su calibre, hubieran servido para inmovilizar todo un ejército.

—Llevad a los invasores ante el Gran Legislador y que él decida. Están desarmados y paralizados. No creo que representen ningún peligro... de momento.

Los recién llegados asintieron y uno de ellos se dirigió a nosotros.

—Seguidnos.

Entonces tuvo lugar lo más extraño que nos había ocurrido hasta el momento.

Nuestras piernas, *únicamente las piernas*, se pusieron en movimiento y sin que Juanita ni yo pudiéramos controlar esta parte del cuerpo, echamos a andar detrás de los dos policías, o lo que fueran, obedientes como corderos, igual que sonámbulos o autómatas.

Habían paralizado nuestra voluntad, nuestros reflejos, dejando solamente en libertad nuestras piernas para que pudiéramos seguirles.

Un rapidísimo ascensor nos condujo a lo que yo supuse que sería el

último piso de la Torre Circular, a varios cientos de metros sobre el nivel de la ciudad, y finalmente entramos en una sala espaciosa y redonda que tenía la misma forma del edificio. A través de las paredes transparentes se veían brillar algunos astros, en la oscuridad del exterior, lo cual era posible debido a la escasísima luz que reinaba en la sala. En el centro estaba un hombre, sentado en una especie de trono, muy sencillo por cierto, y junto a éste un aparato con infinidad de botones, coronado por una pantalla algo más grande que la de un televisor normal.

—Avanzad, extranjeros —dijo, con voz grave y profunda, el hombre que supuse era el Gran Legislador—. Vosotros, retiraos.

Los dos policías, o lo que fueran, desaparecieron a nuestras espaldas y nosotros avanzamos hasta que la voz del hombre nos detuvo a dos o tres pasos del trono.

—Ya basta.

Era curioso. Yo no podía ver las manos que pendían inertes a lo largo de mi cuerpo, ni abrir la boca, ni siquiera parpadear. Sólo mover las piernas, cuando me lo ordenaban. Sabía que Juanita estaba a mi lado, pero no podía ladear la cabeza para verla. Aquello era una auténtica pesadilla.

La semipenumbra que llenaba la sala prestaba un carácter fantasmagórico a la escena, al hombre sentado en el trono, al aparato con la pantalla apagada y, con toda seguridad, a Juanita y a mí, aunque no podíamos vernos mutuamente. Con todo, por tenerlo de frente y a tan corta distancia, yo podía ver al Gran Legislador, su rostro enjuto y alargado, sus cabellos cortos y oscuros, un hombre de edad indefinible, inmóvil, con los brazos apoyados en los del sillón del trono y sosteniendo en la mano derecha una varita muy semejante a la que había utilizado el políglota para dejarnos paralizados.

La varita, que merecía el calificativo de mágica más que ninguna otra, se movió ligeramente en la mano del hombre, y éste dijo:

—Sentaos, extranjeros.

De golpe y porrazo, me di cuenta de que había recobrado todas mis facultades. Moví la cabeza y vi a Juanita de pie a mi izquierda, mirándome a su vez. También vi que del suelo, o quien sabe de dónde, habían aparecido dos taburetes en los que la muchacha y yo nos sentamos en silencio, sobrecogidos por la trascendencia del momento.

—Habéis sido muy osados, extranjeros —habló de nuevo el Gran Legislador—. Pero os agradezco que hayáis venido. Esto demuestra claramente el extremo de adelanto a que ha llegado la Tierra, el Tercer Planeta, como suele llamársele. Pero vuestro sacrificio será inútil. Nosotros somos los más fuertes, los más sabios, y la invasión de vuestro planeta será

un hecho dentro de poco. Lo siento, lo sentimos todos, pero la ley de la supervivencia exige el sacrificio de los débiles, de los peor dotados, en provecho de los fuertes, de aquellos cuyas generaciones de hombres consagrados a la técnica y al estudio han conseguido un mayor grado de civilización.

Lo primero que pensé fue que aquel tipo, por muy Gran Legislador que fuera, estaba como una cabra.

Probé mi voz y noté que salía como de ordinario, aunque tal vez un poco tensa.

—¿Quiere decirnos a qué se refiere y en qué consiste ese sacrificio a que piensan someternos?

—Me refiero a que este planeta, así como los otros que componen el Sistema, están condenados a la muerte en un período más o menos breve. Y es curioso e irónico que esto ocurra cuando nosotros estamos a punto de conseguir el gran secreto de la inmortalidad.

—¡La inmortalidad! —exclamamos Juanita y yo al unísono.

—Sí, la inmortalidad. ¿Acaso os extraña? Por el momento, poseemos el secreto de una longevidad en la que vosotros jamás hubierais podido soñar. Cualquier joven de los que habéis visto por las calles tiene más de mil años terrestres. Y, sin embargo, a simple vista pueden confundirse con vosotros.

—¡Mil años! —dijo Juanita, llevándose una mano a la boca.

Y yo no pude por menos que recordar la expresión de cansancio que había advertido en los rostros de Zharko, Nara y los otros, pese a su común aspecto juvenil y a sus aparentes ganas de divertirse. ¿Cuántos años tendría, entonces, el tipo de los cabellos grises que nos abordó primero? Debía ser coetáneo de Matusalén, pensé burlonamente, aunque la situación no era muy propicia para pensar en tonterías.

—Como iba diciendo —prosiguió el hombre—, estos planetas se mueren ya de puro viejos. Se ha iniciado la fuga de la atmósfera y tenemos que valernos de los generadores de oxígeno durante la noche. Por eso pensamos en la Tierra, como un mundo de características parecidas al nuestro, a pesar de la distancia casi incalculable que nos separa de ella, distancia que sólo se puede salvar con naves que alcancen la velocidad absoluta. Nuestro plan consiste, sencillamente, en invadir la Tierra para instalamos en ella. De sus habitantes depende nuestra actitud a adoptar. Si se rinden, si se someten de antemano a nosotros, no los destruiremos, pero si presentan batalla... entonces nos sobran medios para exterminar toda vida humana de la superficie de la Tierra antes del aterrizaje de nuestras naves.

Me levanté de un salto, impulsivamente, y grité:

—¡Ya pueden ir pensando en esos medios de exterminio! Porque la Tierra no se rendirá jamás, ¿entiende? ¡Jamás! Ustedes podrán ser un mundo supercivilizado y super... lo que sea, pero esa inmortalidad de que habla tendrán que gozarla en el infierno. También la podrían gozar en la Tierra si pidieran asilo en ella por las buenas, pero en ese plan... Bueno, la Tierra luchará, y mucho me temo que en esa lucha perezcan ustedes también —y aventuré, echando el carro por el pedregal—: En cuanto a las naves de velocidad absoluta, nosotros también las poseemos. Nuestros hermanos saldrán a esperarles al espacio y...

—No digas tonterías, extranjero —la voz del Gran Legislador continuaba inalterable—. Vosotros no tendréis jamás esas naves. Tú y la mujer estáis aquí porque os han ayudado a venir. Y esa ayuda solamente os la han podido prestar los Custodios del Universo. Pero de nada servirá vuestro sacrificio. Cuando nos hayamos marchado, cuando hayamos abandonado este planeta, donde se concentrarán todos los habitantes del Sistema para emprender el Gran Viaje, la bomba de «irhdorl» explotará y el Sistema desaparecerá del Universo. Y vosotros, con él. Para entonces, nuestras naves se habrán alejado miles de millones de kilómetros y la explosión no les causará el menor daño. Siéntate, extranjero, si no quieres sufrir una nueva parálisis.

Me senté. Por el momento, era lo más sensato que podía hacer.

A mi lado, Juanita preguntó con voz extrañamente serena:

—¿Quiere decirnos cómo nos descubrieron?

—Fue muy sencillo. Ese aparato que veis a mi lado es un detector, aunque tiene otras múltiples aplicaciones. Apenas desembarcasteis en nuestro planeta, ese cerebro electrónico detectó vuestra presencia. Pero al tratarse de dos seres exactamente igual a nosotros, provistos de traductores simultáneos y vestidos con atuendos espaciales, llevando armas semejantes a las nuestras, la localización no iba a ser fácil. Entonces se me ocurrió la idea de la prueba de la lectura. Así, la identificación sería fácil y no tendríamos que inquietar a la población civil diciéndoles que habíamos sido invadidos por dos extranjeros. Esto hubiera podido desencadenar un pánico colectivo.

Juanita soltó una carcajada nerviosa.

—¿Sólo por la presencia de dos personas que desconocen incluso las costumbres de este mundo? —dijo despectivamente—. Usted perdone, Gran Legislador, pero la gente de aquí, con toda su longevidad, su civilización y toda la pesca, como decimos en la Tierra, no se distingue precisamente por su valentía. ¡Asustarse de dos personas...!

—Eso que vosotros llamáis valor y que no es otra cosa que pura inconsciencia —replicó el hombre—, es preceptivo de las mentes

subdesarrolladas. No sirve para nada. Sólo la inteligencia cuenta, sólo el cerebro, la ciencia, el dominio absoluto del conocimiento. Nosotros poseemos todo esto. Vosotros, el valor, el heroísmo, algo trasnochado que carece por completo de importancia. Si decidís luchar, sólo conseguiréis el aniquilamiento total. De lo contrario, si os sometéis a nosotros, podéis seguir viviendo en la Tierra bajo nuestra potestad.

Ahora fue Juanita quien se puso en pie, sin poder contener su indignación. La penumbra hacía doblemente negros sus cabellos.

—Pero ¿qué clase de seres son ustedes? ¿Tienen algo de humanos? ¿O acaso son máquinas? He notado que la voz de usted no se altera en absoluto cuando habla. Parece reproducida por una cinta magnetofónica. ¿Quién es usted? *¿Qué* es usted?

—En seguida responderé a tu pregunta, extranjera. Y lo haré sin palabras.

El Gran Legislador se puso en pie.

En aquel momento, la penumbra que reinaba en la sala fue barrida por una luz vivísima, casi cegadora, que nos obligó a entornar los ojos durante breves segundos.

Yo me quedé estupefacto al abrirlos nuevamente.

La corta túnica que vestía el hombre estaba separada por el centro del pecho y dejaba al descubierto un complicado mecanismo de pequeñas esferas, botones, ojos mágicos y circuitos.

Juanita lanzó un grito de espanto y se llevó una mano a la boca.

El Gran Legislador era un robot.

CAPÍTULO X

Las últimas palabras del Gran Legislador seguían resonando en nuestros oídos con el zumbido monocorde de un insecto metálico:

—Eso que veis en el centro de la habitación es un reloj de arena, de los utilizados por los antiguos de vuestro planeta. La arena va descendiendo lentamente, grano a grano, de una ampolla a otra. Cuando haya caído el último grano, se habrá completado el peso exacto de la balanza que actuará como disparo de la bomba de «irhdorl». Sería inútil entrar en detalles sobre la potencia de ese artefacto. La explosión hará desaparecer del Universo todo el Sistema de la Llave sin dejar rastro. Mas, para entonces, nosotros estaremos ya en la Tierra o cerca de ella, y la explosión no nos afectará lo más mínimo. Pero a vosotros sí os afectará. La bomba se halla instalada en la pieza de al lado. Vuestra vida, a partir de este instante, se contará por granos de arena.

Era ridículo y trágico a la vez, porque yo hubiera podido imaginar cualquier cosa, por descabellada que fuera, cualquier desatino, todo, menos que mi vida y la de Juanita Martínez dependieran de un reloj de arena y tuvieran que contarse grano a grano.

Mil, dos mil, treinta mil granos, los que fueran, y cuando cayese el último...

Ni siquiera me quedaba el consuelo de estremecerme al pensar en lo que ocurriría entonces, por la sencilla razón de que no podía moverme. Estaba paralizado. Sólo era dueño de mis facultades mentales, e imaginaba que a Juanita debía ocurrirle lo mismo. Ella estaba a mi lado, lo presentía, pero no podía verla; no podía volver la cabeza, ni siquiera mirar de reojo. Continuaba sentado, tal como me habían dejado por orden del Gran Legislador y, frente a mí, en la sala desnuda, sobre una mesa corriente y moliente, el fatídico reloj de arena de cada una de cuyas ampolletas salía un cable que iba a perderse en el suelo.

La ampolla superior estaba casi llena y en la inferior sólo había una pequeñísima cantidad de arena. A juzgar por la lentitud con que iban cayendo los granos, yo calculaba que transcurrirían muchas horas, quizá doce o catorce —era difícil hacerlo tan siquiera aproximadamente— antes de que se vaciara la ampolla superior y se completara el peso necesario para accionar el mecanismo de disparo de la bomba.

Y para entonces, con toda seguridad, sólo dos personas, Juanita y yo,

quedaríamos expuestos a la muerte por desintegración en un planeta o, mejor dicho, en todo un sistema planetario abandonado por sus moradores habituales.

Tampoco me resultaba difícil imaginar lo que sucedería cuando las naves de aquellos seres se acercaran a la Tierra, provistos, sin duda alguna, de armas mortíferas capaces de aniquilar a todos los habitantes de nuestro planeta si éstos no se rendían.

Y los terrícolas no se rendirían sin luchar...

No dejaba de ser curioso que la Tierra, después de conquistar Venus y Marte, donde únicamente se encontraron los restos de una existencia moribunda, fuera víctima de aquellos seres borrachos de ciencia, de automatismo y de orgullo, de seres gobernados por un robot... construido, seguramente por ellos mismos. Aunque, bien pensado, cabía la posibilidad de que todos ellos fueran robots. En seguida deseché esta idea por absurda. Yo había bailado con Nara, y aquella muchacha, por muchos siglos terrestres que tuviera a sus espaldas, no tenía nada de robot. Era tan de carne y hueso como yo.

De pronto, interrumpiendo mis sombrías meditaciones, sufrí un leve estremecimiento.

—Denis...

Sí, podía estremecerme, aunque muy levemente.

Y lo que había llegado a mis oídos, como un susurro lejano, era la voz de Juanita.

—Denis...

Esta vez no me cupo la menor duda de que podía mover imperceptiblemente la cabeza e incluso parpadear, pero de una manera normal, sin tener que realizar ningún gran esfuerzo para conseguirlo.

Poco después pude mirar de soslayo y ver a Juanita, sentada a mi lado, que también giraba lentamente la cabeza en dirección a mí.

—Hola, muchacha...

Era mi propia voz, muy baja, como si brotara del fondo de un pozo, pero era mi voz.

¡Estábamos saliendo de aquella parálisis que creíamos eterna o, cuando menos, que duraría hasta que explotara la bomba!

Los granos de arena seguían cayendo implacablemente, aunque hasta el momento en la ampolla inferior sólo había una porción ínfima de la cantidad total.

Pero esto ya no importaba. Juanita y yo íbamos recobrando lentamente nuestra facultad de movimientos, como si despertáramos de un letargo producido por una droga fortísima, y esto era mucho más de lo que podíamos esperar.

Minutos después, sin hablar, los dos nos encontrábamos de pie, muy juntos, mirándonos con fijeza y embargados por una misma emoción.

—Te quiero, Denis —la oí murmurar—. No sé cuántos minutos de vida nos quedan, pero antes de que acabe todo quiero que conozcas la verdad más hermosa de mi vida. Te quiero.

—Conoce tú la mía, Juanita. Ésta es mi verdad.

La atraje hacia mí y la besé dulcemente en los labios. Ella respondió plenamente al beso y me rodeó el cuello con el tibio dogal de sus brazos.

Nos separamos al cabo de unos instantes, y ella dijo en tono reposado, como si nuestra angustiosa situación no le importara demasiado:

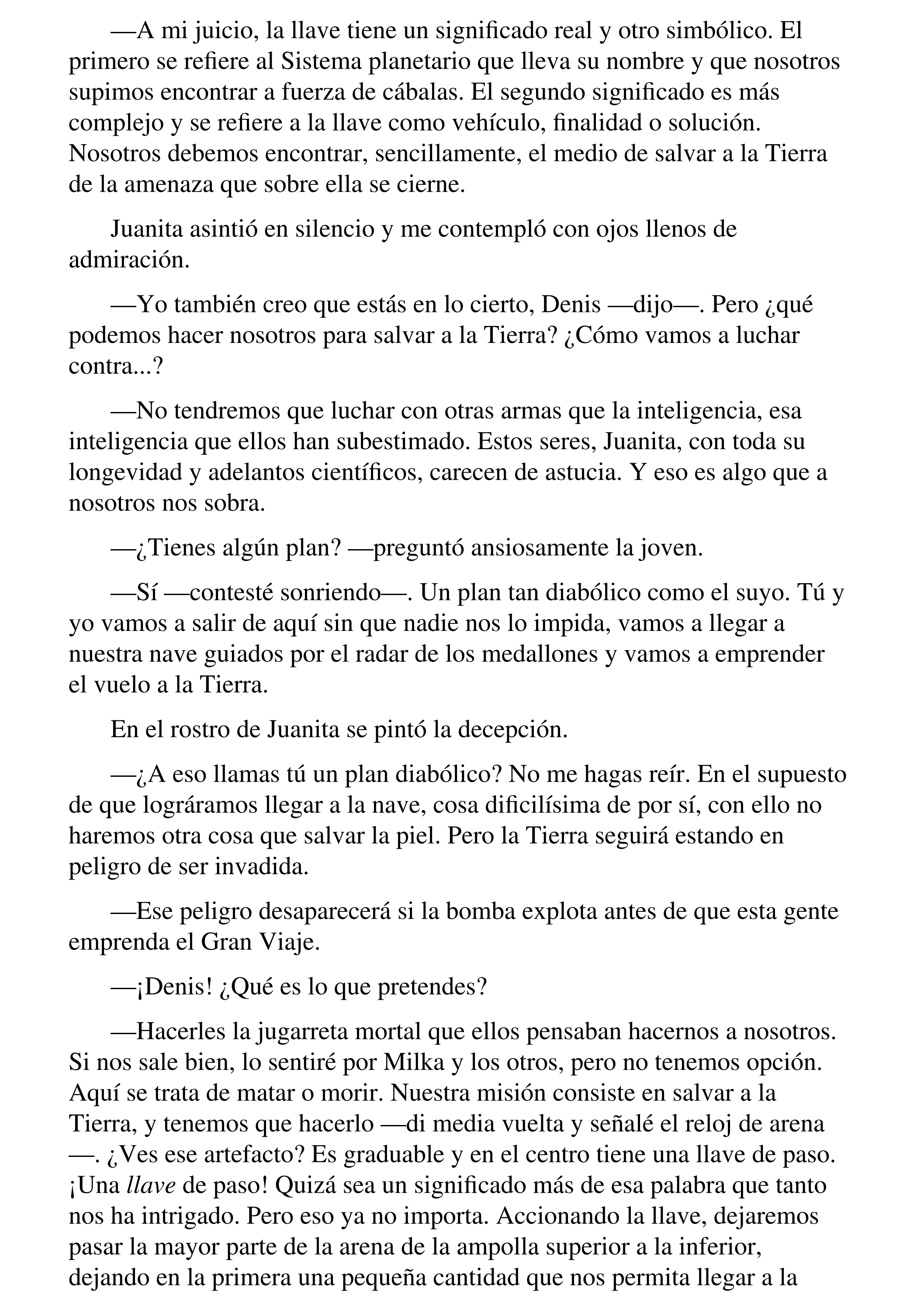
—Hemos recobrado la libertad de movimientos, Denis. Es algo increíble. ¿Cómo imaginas que ha podido suceder? Yo temía, con la angustia en el alma, que íbamos a estar paralizados infinitamente. ¿No será una nueva añagaza de esta gente? A un robot se le pueden ocurrir las cosas más insospechadas.

—No creo que se trate de una añagaza —repliqué—. Yo diría más bien que se trata de un exceso de confianza por parte de estos seres. Sin duda creyeron que esa parálisis a la que nos sometieron iba durar indefinidamente, sin caer en la cuenta de que nuestra constitución física, pese a su semejanza con la de ellos, debe variar en algo. Por eso, los efectos de la parálisis nos han durado mucho menos tiempo que dos seres normales de este planeta. Es la única explicación plausible que encuentro. Y este fallo puede costarles muy caro.

Juanita me miró con extrañeza.

—¿Costarles caro? —repitió—. No creo que nos encontremos en situación de tomar ninguna iniciativa. Aquella habitación del fondo, que parece ser la única, debe de estar cerrada con siete vueltas. ¡Denis! Se me ha ocurrido... Bueno, quizás sea una tontería, pero quién sabe si la llave que teníamos que encontrar era la que necesitamos para salir de aquí.

—No, querida, para salir de aquí no precisamos de llave alguna. Esa puerta, como todas las demás, debe estar accionada por mecanismo fotoeléctrico. Por otra parte, el egocentrismo de esa gente es tan grande que ni siquiera se han tomado la molestia de asegurar esa puerta, que sería la mínima medida de precaución. Nos han dejado aquí como una cosa olvidada y han confiado la suerte de todo un sistema planetario a la seguridad en el funcionamiento de un vulgar reloj de arena. Es ridículo a



más no poder. Y, sin embargo, se creen superhombres, supersabios.

—¿Entonces, la llave...?

—A mi juicio, la llave tiene un significado real y otro simbólico. El primero se refiere al Sistema planetario que lleva su nombre y que nosotros supimos encontrar a fuerza de cábalas. El segundo significado es más complejo y se refiere a la llave como vehículo, finalidad o solución. Nosotros debemos encontrar, sencillamente, el medio de salvar a la Tierra de la amenaza que sobre ella se cierne.

Juanita asintió en silencio y me contempló con ojos llenos de admiración.

—Yo también creo que estás en lo cierto, Denis —dijo—. Pero ¿qué podemos hacer nosotros para salvar a la Tierra? ¿Cómo vamos a luchar contra...?

—No tendremos que luchar con otras armas que la inteligencia, esa inteligencia que ellos han subestimado. Estos seres, Juanita, con toda su longevidad y adelantos científicos, carecen de astucia. Y eso es algo que a nosotros nos sobra.

—¿Tienes algún plan? —preguntó ansiosamente la joven.

—Sí —contesté sonriendo—. Un plan tan diabólico como el suyo. Tú y yo vamos a salir de aquí sin que nadie nos lo impida, vamos a llegar a nuestra nave guiados por el radar de los medallones y vamos a emprender el vuelo a la Tierra.

En el rostro de Juanita se pintó la decepción.

—¿A eso llamas tú un plan diabólico? No me hagas reír. En el supuesto de que lográramos llegar a la nave, cosa dificilísima de por sí, con ello no haremos otra cosa que salvar la piel. Pero la Tierra seguirá estando en peligro de ser invadida.

—Ese peligro desaparecerá si la bomba explota antes de que esta gente emprenda el Gran Viaje.

—¡Denis! ¿Qué es lo que pretendes?

—Hacerles la jugarreta mortal que ellos pensaban hacernos a nosotros. Si nos sale bien, lo sentiré por Milka y los otros, pero no tenemos opción. Aquí se trata de matar o morir. Nuestra misión consiste en salvar a la Tierra, y tenemos que hacerlo —di media vuelta y señalé el reloj de arena —. ¿Ves ese artefacto? Es graduable y en el centro tiene una llave de paso. ¡Una *llave* de paso! Quizá sea un significado más de esa palabra que tanto nos ha intrigado. Pero eso ya no importa. Accionando la llave, dejaremos pasar la mayor parte de la arena de la ampolla superior a la inferior, dejando en la primera una pequeña cantidad que nos permita llegar a la

nave y emprender la huida antes de que se complete el peso en la ampolla de abajo. De ese modo, la bomba explotará mucho antes de que ellos inicien su famoso Gran Viaje.

Juanita se estremeció.

—Pero ¿y si surge algún contratiempo y nos vuelven a apresar?

Me encogí de hombros con gesto fatalista.

—Entonces, a fastidiarse han tocado. Perecerán ellos y nosotros. Pero habremos salvado a la Tierra. Es todo cuanto podemos hacer. ¿Decidida?

Las mejillas de la muchacha se colorearon.

—¡Adelante, Denis! Y que sea lo que Dios quiera. Estoy dispuesta a todo.

Me acerqué a la mesa del centro de la habitación, donde el reloj de arena desgranaba la muerte con aterradora lentitud, y sin vacilar, con una serenidad que a mí mismo me sorprendió, manipulé la llave de paso y la arena fue cayendo aprisa, con leve susurro.

Juanita, frente a mí, me contemplaba con los ojos muy abiertos, y yo notaba que las sienes se me inundaban de un sudor frío. Unos minutos más cayendo la arena a aquel ritmo y todo habría concluido.

—¡Basta ya, Denis! —dijo ella con voz temblorosa—. ¿Es que vas a dejarla caer toda?

Sin replicar, moví la llave y regulé el paso hasta que la arena volvió a caer grano a grano. Calculé que en la ampolla superior quedaría arena para unas dos horas escasas.

—Vámonos —dije —. Si no advierten nuestra fuga y cortan el paso de la arena o anulan la explosión por otro conducto, todo habrá terminado dentro de poco. Aunque creo que sólo el Gran Legislador y algunos muy allegados a él conocen nuestra presencia aquí. Lo siento por los demás, que estarán tan tranquilos preparándose para el Gran Viaje. No es mal viaje el que les espera...

Mi suposición con respecto a la puerta no pudo ser más exacta. Accionada, como las demás, por células fotoeléctricas, se abrió en cuanto nos detuvimos ante ella y miramos el ojo mágico que servía de cerradura.

Un pasillo, un elevador rapidísimo y nos encontramos en la planta baja de la Torre Circular, allí donde vimos por última vez a Milka y a los otros; esto indicaba que la habitación donde habíamos estado prisioneros se encontraba en una especie de sótano.

Movía a risa la facilidad con que salimos a la calle y subimos a una de las aceras rodantes sin que nadie nos molestara. Por lo visto, el famoso

«detector», después de señalar nuestra presencia en Famior, se había «despreocupado» de nosotros.

Reinaba un inusitado ajetreo en las calles. La gente iba de un lado para otro apresuradamente, haciendo sus preparativos para el gran Viaje que se iniciaría dentro de algunas horas... *mucho más pronto de lo que ellos imaginaban*.

¿Dónde estarían en aquellos momentos Milka y sus compañeros? Sentí un aguijonazo de remordimiento al pensar en ellos y traté de olvidarlos mientras me dirigía con Juanita hacia las afueras de la ciudad, sin pronunciar palabra ninguno de los dos, guiados por nuestro mejor instinto de la orientación.

Nadie pareció reparar en nosotros.

Finalmente, en efecto, llegamos al mismo lugar por donde habíamos entrado. Entonces, Juanita se colgó de mi brazo y dijo en tono agitado:

—¡Denis, qué suerte hemos tenido! ¿No te das cuenta de que es de día? Si fuera de noche, no podríamos salir al páramo sin peligro a morir asfixiados.

La verdad, éste era un importante detalle en el que yo no había caído, y así lo manifesté.

—Tienes toda la razón, querida. Dios, los Custodios y la suerte nos ayudan una vez más. Vamos aprisa, no vaya a ser que oscurezca. Calculo que podremos llegar a la nave en poco más de una hora.

Agarrados de la mano, con el corazón oprimido por la angustia y la ansiedad, echamos a correr por el páramo en la dirección aproximada del punto donde habíamos dejado la nave.

El momento final de nuestra aventura se acercaba. Ignorábamos cuál sería este final, pero estaba cerca. Recordé los granos de arena cayendo uno a uno de una ampolla a otra, y aceleré la marcha a cuyo tren se acomodó Juanita con más facilidad que yo. El calor era agobiante.

De súbito, cuando llevábamos una hora larga de marcha, la nave se ofreció ante nuestros ojos, nuevamente visible, al rodear uno de aquellos montículos.

Me detuve, jadeando, y tendí la mano.

—¡Allí está, Juanita! No... no vamos a necesitar el radar que llevamos en los medallones para localizarla.

Entonces, la voz de Juanita me heló la sangre en las venas. Estaba visto que las cosas desagradables le tocaba descubrirlas a ella. Como la primera vez.

—Creo que no vamos a necesitar la nave, Denis. Mira lo que se nos viene encima.

Lo supe casi antes de volver la cabeza. ¡Los murciélagos!

Quizá fuesen menos que la otra vez, pero sus intenciones eran las mismas, con la diferencia de que ahora no teníamos tiempo de tendernos en el suelo para defendernos de sus ataques y esperar a que se marcharan.

Reaccioné en el acto.

—¡Corramos hacia la nave! ¡Está lejos aún, pero tenemos que intentarlo! ¡No nos queda otro remedio!

Corrimos como nunca lo habíamos hecho, con una doble amenaza de muerte pisándonos los talones, corrimos con la fuerza desesperada que presta el instinto de conservación.

Pero no tuvimos tiempo de llegar a la nave.

Los murciélagos se nos echaron encima cuando todavía nos faltaba un centenar de metros. Y tuvimos que luchar, esta vez sin armas, con las manos limpias, desesperadamente.

Como la vez anterior, agarré uno de los pajarracos por el cuello y en lugar de golpearlo contra el suelo, lo utilicé para golpear a sus congéneres, al tiempo que avanzaba de espaldas hacia la nave.

Juanita me precedía, luchando por el mismo procedimiento y dando muestras de una energía poco común.

—¡Vamos a tumbarnos unos minutos y esperar que se alejen, Denis! Entonces alcanzaremos la nave en unos segundos.

La idea, aunque teníamos el tiempo medido, me pareció buena y me dejé caer boca abajo mientras lamentaba, tardíamente, no haber dejado un poco más de arena en la ampolla superior del reloj.

Juanita se tendió junto a mí, sudorosa, y le así una mano.

—Denis...

No pude oír más.

En aquel preciso instante fue cuando se produjo aquella luz vivísima, cegadora, como la que me envolvió aquella noche en la carretera de Malinas a Lovaina, y tuve la impresión de hundirme en un abismo sin fondo.

Jamás llegaría a saber si la luz fue producida por la explosión de la bomba de «irhdorl».

EPÍLOGO

El timbre del fonovisor sonó tan bruscamente que me hizo saltar del lecho como si se hubiese declarado fuego en el apartamiento.

Descolgué con gesto maquinal, embotada la cabeza por las brumas del sueño, y en la pantalla apareció el rostro orondo de Albert Van Heest con una sonrisa que le llegaba hasta las orejas.

—¡Hola, Denis! Te he despertado, ¿eh?

—Hombre, eso parece.

—Bueno, no pongas esa cara y prepárate para venir en seguida. Alice está a punto de dar a luz. Y quiero que tú asistas al parto. Si es niño, te regalo un autobólido.

Me quedé de una pieza.

Y no por la promesa del regalo, aunque ya es difícil que un banquero le regale a uno nada, sino porque Alice, la mujer de Albert Van Heest, era estéril.

—¿Estás borracho, Albert? —tartamudeé al cabo de unos segundos—. Sabes que Alice no puede tener hijos a causa de...

—¡Tú sí que estás borracho! —me interrumpió Albert—. ¿No recuerdas que la visitaste ayer mismo y dijiste que la cosa estaba al caer? Anda, toma una ducha fría y ven para acá en seguida. ¡Menuda curda debiste pescar anoche en ese baile de gala que ofreció la Organización de Viajes Interplanetarios! Ni siquiera te has quitado el traje espacial para acostarte... Dentro de quince minutos te quiero aquí, ¿entendido? ¡Pero que vengas despejado!

El rostro lleno de alegría de Albert Van Heest desapareció de la pantalla y yo me quedé inmóvil, con la cabeza hecha un verdadero caos.

—He soñado... —murmuré—. Esta fantástica aventura no ha sido más que un sueño. Los Custodios, Juanita, el viaje espacial, el Gran Legislador, Milka y los otros, la bomba... todo ha sido una pesadilla.

Albert acababa de decirme que yo había asistido la noche anterior a un baile de trajes espaciales, pero yo no recordaba nada de esto.

Sin embargo, llevaba puesto un traje espacial.

Con un suspiro de nostalgia y un encogimiento de hombros, me volví

para empezar a vestirme y...

¡Entonces sí que me quedé fosilizado!

Porque allí, pegada a la pared, vistiendo un traje espacial idéntico al mío, estaba Juanita Martínez.

FIN

¿QUIEN ES... SUZUKI?

¿Un espía?
¿Un contraespía?
¿Un detective privado?
¿Un agente del gobierno?

SUZUKI

es el misterioso héroe oriental
creado por
Jean-Pierre Conty
y que

Ediciones Toray ofrece en exclusiva al público
español en su nueva colección

ESPIONAJE

Publicación mensual Precio 30 ptas.

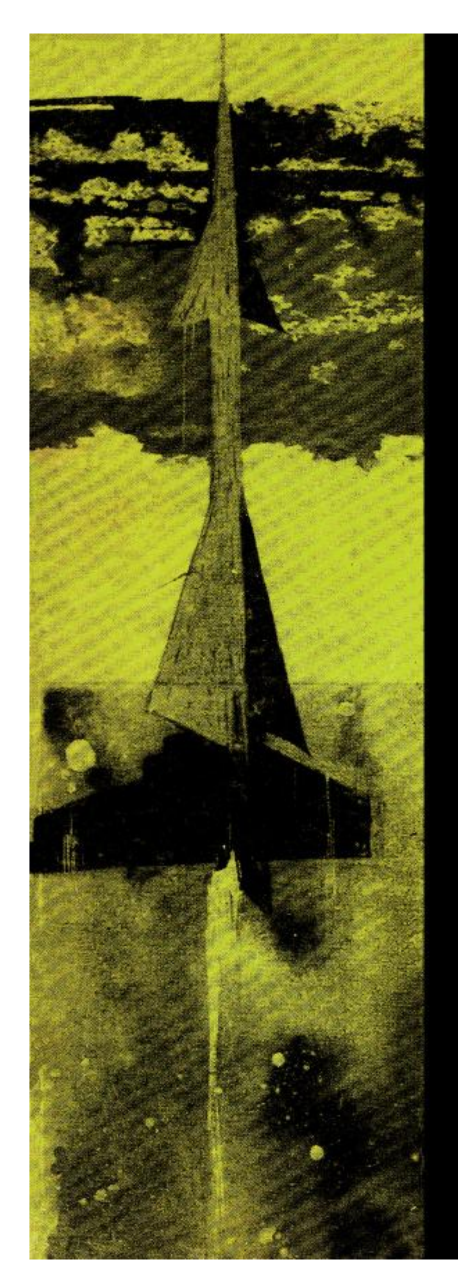
Pida en su Quiosco
la última novedad de bolsilibros Toray

COLECCIÓN ESPIONAJE

Los mejores autores franceses
del
género

SERGE LAFOREST
CLAUDE RANK
JEAN-PIERRE CONTY...

Publicación mensual   Precio 30 ptas.



Próximo número:

Una sombra,
un segundo
y la semilla
está sembrada.

SEMILLA DE
DESTRUCCIÓN

Clark Carrados

Precio: 9 ptas.

[1] Murciélago, en francés: chauve-souris. Literalmente ratón